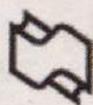
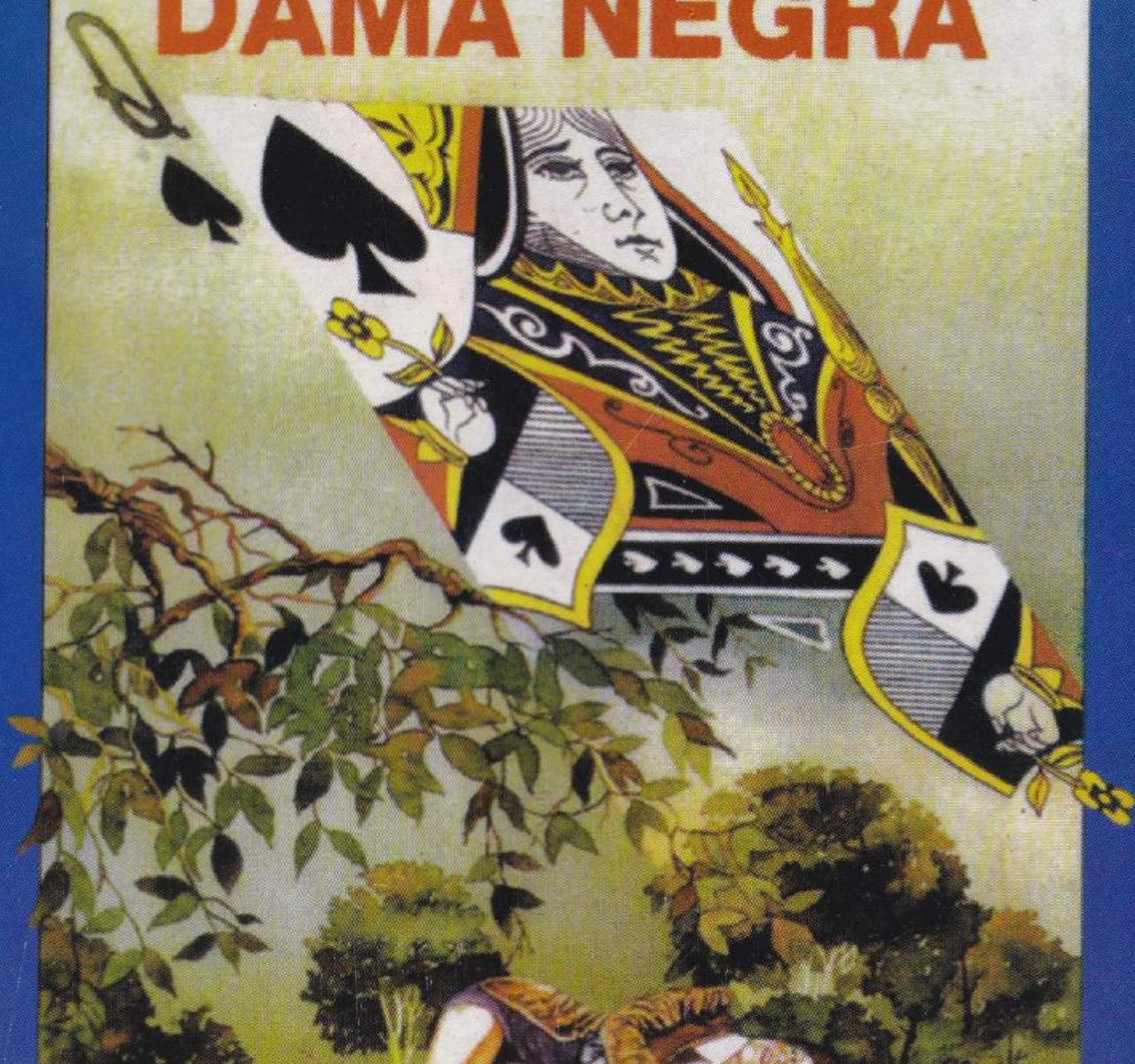


Editorial Andrés Bello



Jacqueline Balcells
Ana María Güiraldes

EMILIA Y LA DAMA NEGRA



JACQUELINE BALCELLS
ANA MARÍA GÜIRALDES

EMILIA Y LA DAMA NEGRA

ILUSTRACIONES DE
CARLOS ROJAS MAFFIOLETTI

Primera edición, 1995
Segunda edición, 1997
Tercera edición, 1998
Cuarta edición, 2000
Quinta edición, 2001
Sexta edición, 2001
Séptima edición, 2002
Octava edición, 2003
Novena edición, 2003
Décima edición, 2004
Undécima edición, 2004
Duodécima edición, 2005
Decimotercera edición, 2006
Decimocuarta edición, 2006

© JACQUELINE BALCELLS
ANA MARÍA GÜIRALDES

Derechos exclusivos

© EDITORIAL ANDRÉS BELLO
Carmen 8, 4º piso, Santiago de Chile

Registro de Propiedad Intelectual
Inscripción Nº 94.147, año 1995
Santiago - Chile

Se terminó de imprimir esta decimocuarta edición
de 5.000 ejemplares en el mes de junio de 2006

IMPRESORES: Productora Gráfica Andros Ltda.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

ISBN 956-13-1331-6

EDITORIAL ANDRÉS BELLO

*Para María Ignacia, Jorge, Martín, Alvaro, Simón,
José María y Benjamín, que ya conocen el placer de leer.*

ANA MARÍA

*Para Panchi, María Jesús, Ignacia, Valentina,
Priscila, Asunción, Constanza y Natalia,
que ya conocen el placer de escribir.*

JACQUELINE

Capítulo Uno

CAMINO A LAS TERMAS



EXTRAÑO CRIMEN EN EL BARRIO ALTO

El cuerpo sin vida de Margarita Rodríguez Lazcano, de 52 años, fue encontrado en los jardines de su residencia en la calle Mar de Brumas 6580, del barrio de Las Condes. La occisa presentaba un golpe en la nuca dado con un objeto contundente, que al parecer fue la causa del deceso. Aún conservaba puestos un anillo y un collar de perlas de gran valor, por lo que se presume que el móvil no fue el robo. Según declaraciones de la asesora del hogar, dentro de la casa no faltaba nada. El único elemento extraño encontrado junto al cadáver fue la dama de pic de un mazo de naipes.

Emilia leía concentrada la hoja de periódico, fechada dos años atrás, que envolvía el cántaro de greda que tía Pepa había insistido en comprar en un puesto de artesanías junto a la carretera.

—¡Calle Mar de Brumas! ¡Qué nombre tan tétrico! —se sorprendió Emilia—. ¿Ustedes supieron de un crimen que hubo en la calle Mar de Brumas hace un tiempo?

—Conozco la calle, pero no el crimen —dijo tío Hernán girando la cabeza para mirarla—. ¿Y por qué preguntas eso?

—Porque en el diario con que envolvieron este jarrón aparece la noticia. ¡Cuidado, tío! ¡El auto de adelante está frenando!

—¡Está todo controlado, todo controlado, pequeña! —respondió don Hernán, dando un frenazo que hizo saltar a doña Pepa del asiento.

—¡Cuidado, viejo! —lo reconvino la señora, asustada.

—No sean tan nerviosas —contestó el aludido, con la vista ahora bien fija en la carretera—. ¡Esta Emilia, siempre interesada en misterios!

Emilia se echó hacia atrás y volvió a su lectura, dispuesta a no seguir pendiente de las arriesgadas maniobras de su tío.

—A propósito de crímenes... ¡tengo un hambre! ¿Qué tal si nos detenemos a comer un sandwich de arrollado? —rió el tío.

—¡Hombre, por Dios, pareces un caníbal! Y con todo lo que alegaste porque te hice parar en el puesto de artesanías, ahora que no faltan más de veinte minutos para llegar a almorzar a las Termas, quieres detenerte a comer.

Emilia escuchaba a sus tíos en silencio. Se había propuesto pasar tres días con ellos en las Termas de Colinahuel con el mejor ánimo posible. Quería mucho a sus padrinos y no fue capaz de rehusar la invitación que le habían hecho con tanto cariño. La palabra "termas" le sonaba a lugar aburrido, a viejos y a enfermos. Pero, por otra parte, le aseguraron que el lugar era muy bonito, que se comían muchos dulces y que había un bosque precioso. Y lo mejor de todo era que Diego le había prometido llegar el fin de semana para volverse con ella a Santiago.

El automóvil ya viajaba por el camino de tierra, orillando el río que corría tormentoso, muchos metros más

abajo. De pronto apareció ante ellos un antiguo y enorme edificio que parecía colgar del acantilado en la ribera opuesta del río.

—¡Qué lindo! ¿Ese será el hotel? —preguntó Emilia.

—Según mis datos, sí —respondió don Hernán, moviendo brazos y hombros para girar el manubrio y entrar en el angosto puente que cruzaba el río.

—¡Qué lugar tan peligroso! ¿Te imaginas caer por ese precipicio? —se asustó tía Pepa.

—Piensa mejor en el almuerzo que nos espera, Pepa. Uno de los atractivos de este lugar es la comida —respondió don Hernán, tragando saliva.

El automóvil siguió su trayecto y pronto entraban por un camino de gravilla. Los árboles centenarios y la profusión de plantas que sombreaban el patio de entrada al hotel daban la sensación de paz que todos esperaban. Mientras don Hernán llenaba el formulario de recepción con sus datos, Emilia y su tía se encaminaron hacia la puerta vidriada que daba a un inmenso patio interior, atraídas por el verdor del césped y los numerosos macizos de flores.

—¡Qué bien mantenido está este jardín! —se admiró doña Pepa.

En ese momento la enorme figura de don Hernán apareció tras ellas.

—Les propongo ir a conocer nuestras habitaciones y, luego, a almorzar —les dijo, mientras palpaba su prominente barriga.

A los diez minutos, y luego de haber dejado sus maletas en dos habitaciones contiguas cuyas ventanas daban al precipicio bordeado de árboles con flores amarillas, tíos y sobrina atravesaron corredores de olorosa madera y un patio en cuya fuente central unos leones de bronce arrojaban agua por sus fauces. Cuando abrieron la puerta batiente que separaba al antiguo y espacioso bar del co-

medor, el ruido de las conversaciones pareció disminuir y los comensales que allí había se volvieron disimuladamente para mirar a los recién llegados. Una camarera de ojos vivos, con un impecable y almidonado delantal celeste, se acercó a ellos y los condujo a una mesa en cuyo centro, afirmada en un servilletero, había una tarjeta en la que se leía: *Hernán Martínez y familia*.

Se sentaron con muy buen ánimo y mientras la camarera llamaba al mayordomo, Emilia se dedicó a observar a los otros pasajeros. A su derecha, una mujer vestida de blanco llenaba el vaso de jugo de naranjas de un muchacho rubio, algo pálido y de aspecto muy simpático que tenía al frente. Estaba sentado en una silla de ruedas. Un poco más allá, un hombre de unos treinta y cinco años, de melena larga y bigotes y barbita a lo mosquetero, se dejaba acariciar la mano por una rubia platinada. Esta tenía una apariencia juvenil, pero su mirada y sonrisa revelaban a una mujer de edad ya madura. A la izquierda, y cerca de la ventana, dos señoras cincuentonas conversaban animadamente. Una de ellas, menuda y de pelo muy corto, llamaba la atención por su pequeña nariz excesivamente respingada; la otra, al parecer más alta y maciza que su compañera, lucía un peinado lleno de rizos y grandes aros. Su brazo derecho, rodeado de pulseras, tintineaba cada vez que movía la mano.

—Bienvenidos, señores —la voz educada y ronca del mayordomo sacó a Emilia de su silenciosa contemplación—. ¿Cuál de los dos menús del día van a elegir? —preguntó extendiendo a cada uno las cartas—. ¿O quizás quieren el régimen especial?

—¡Mmmm! ¡Nada de regímenes aquí! —dijo muy serio don Hernán.

—Nadie diría que eres médico —lo regañó su mujer—. Siempre soy yo la que tengo que estar pendiente de tu colesterol.

—Tráigame una entrada de langostinos con mayonesa y luego los riñones al jerez, por favor— siguió don Hernán, impertérrito—. Y un vino tinto de buena cosecha —agregó.

Doña Pepa dio un profundo suspiro y como para dar ejemplo a su marido pidió el menú de régimen: pescado al vapor con papas cocidas.

—¿Y la señorita?

—Pollo con papas fritas —dijo Emilia, como siempre cuando iba a un restorán.

El joven rubio de la mesa vecina escuchó el pedido de Emilia y le sonrió abiertamente. Luego, como avergonzado de su osadía, hundió la mirada en su postre de sémola.

Emilia se dijo que ese muchacho era muy buen mozo.

De pronto se oyó una explosión de cristales y la voz airada de una mujer llegó desde el bar:

—¡Esta es la tercera vez, Adelina! Ahora te lo descontaré del sueldo. ¿O tú crees que a mí las copas me las regalan?

A los pocos segundos, la misma camarera que los había atendido al llegar, atravesaba el comedor en dirección a la cocina con las mejillas encendidas y el paso rápido. En sus manos llevaba una bandeja con un par de copas rotas.

De inmediato las puertas se volvieron a abrir para dar paso a una mujer de figura esbelta, ataviada con falda y blusa color caramelo. Sus cabellos rizados y muy cortos enmarcaban un rostro de huesos anchos y nariz aguileña. Se apoyaba en un bastón para caminar y daba cada paso con sumo cuidado como si temiera resbalar. Sus ojos estaban cubiertos por unos gruesos lentes oscuros, con un marco dorado que se elevaba en los extremos como un antifaz.

—Buenas tardes, doña Hortensia —saludó el hombre de barbita—. ¡La felicito por la mermelada de los panqueques!

La mujer se volvió, orientada de inmediato por la voz que la interpelaba y caminó hacia el lugar.

—Qué bueno que le haya gustado, señor Benetti. Es de nuestros propios naranjos. ¿Y ya eligió el lugar? —preguntó, con una sonrisa amable.

—¡Sí, es espantoso! —se adelantó a responder la rubia, haciendo un mohín infantil con los labios—. Joaquín es tan loco para elegir los lugares de filmación, que un día alguien va a sufrir un accidente. Si no confiara tanto en el genio de mi novio, no pondría un peso en esta película.

—¡Encontré el lugar exacto, doña Hortensia! —siguió Joaquín, como si no hubiese escuchado el comentario de la mujer—. Tiene todas las características que necesito para mi película *Horror Verde*: el acantilado de cien metros de profundidad, donde nadie sobreviviría, y un paisaje de bosques. Y lo mejor es que está aquí, al lado, cruzando el puente de la hostería.

La voz del hombre sonó fuerte y clara. Las cabezas de los que almorzaban se dieron vuelta para mirarlo.



Capítulo Dos

LOS HUESPEDES DE COLINAHUEL



A las seis de la tarde, en la hostería de las Termas de Colinahuel el ambiente era relajado y amistoso. Luego de tomar el té acompañado del más espectacular kuchen de frambuesa con crema que Emilia había probado en toda su vida, decidió entablar conversación con las dos vecinas a su mesa del comedor, que le parecieron perfectas para ponerla al tanto de todo lo que pasaba en el lugar. Y efectivamente fue así. Entre cuchicheos, las dos señoras alabaron la buena comida, chismorrearon acerca de la excéntrica pareja formada por el cineasta y la rubia actriz de voz plañidera y se compadecieron de la pobre Adelina que era víctima del mal carácter de doña Hortensia, la dueña de la hostería. Tía Pepa se unió a su sobrina y preguntó por el joven rubio, en silla de ruedas.

—¡Tan joven y buen mozo, que es ese muchacho! —comentó doña Pepa.

La señora de pelo corto y nariz pequeña, que se presentó como Lila Gacitúa, respondió:

—Tengo entendido que es huérfano y antes de que la dueña de esta hostería lo adoptara, vivía con un tío

soltero en Santiago. Fue operado de la columna. Según la señora Hortensia los médicos dicen que con la segunda operación va a quedar bien. —La voz de Lila era muy ronca y cada vez que pronunciaba la letra p, la punta de su diminuta nariz descendía.

—Teresita, su enfermera, lleva con él más de un año, desde la operación —siguió Sara, la morena de cabello rizado—. Parece que la enfermera anterior renunció a su trabajo debido al carácter de doña Hortensia. Les confesaré que le saco el sombrero a Teresa, porque tampoco el muchacho es fácil.

—¡Culpa de su madre adoptiva, que no ha sabido formarlos! Si Rafael es así es porque ha sido malcriado —se exaltó Lila—. ¡Cuántos padres se equivocan al educar a sus hijos: o los miman demasiado y los transforman en unos caprichosos, o son demasiado duros y hacen de ellos hombres y mujeres llenos de rencor!

—¡Por suerte mi hijo es un príncipe bueno y dulce! ¡Gracias a Dios, supe educarlo bien! —exclamó Sara, moviendo sus manos y haciendo sonar las pulseras.

—¡Qué lindas sus pulseras! —dijo Emilia, dispuesta a ser amable.

—Más que lindas, son mis pulseras de la suerte. No me las saco ni para dormir. ¿Ven que ésta tiene un dije en forma de pata de conejo y ésta otra, un trébol de cuatro hojas?

—¡No lo sabré yo! —comentó Lila, ahora con buen humor—. La superstición de Sara me quita el sueño.

—¿De verdad duerme con las pulseras? —quiso saber Emilia.

—Estoy tan acostumbrada que ya ni las siento.

En esos momentos llegó el cineasta con su novia. Él había recogido sus largos cabellos en una cola y la rubia exhalaba un fuerte aroma a perfume de flores.

—¡Buenas, señoras! ¿Y? ¿Tendremos Dama Negra esta noche?



—¡Por supuesto! —se alegró Lila. E inmediatamente preguntó, dirigiéndose a doña Pepa—: ¿Le gusta jugar a los naipes?

—La verdad es que... no mucho —titubeó la aludida.

—¡A mí me encanta! —saltó Emilia.

Lila y Sara miraron a la muchacha con cierto recelo.

—¡Qué bien, al fin gente joven en la mesa! —exclamó Joaquín, y guiñó con simpatía un ojo a Emilia.

—¿Me encuentras vieja, gatito? —ronroneó la rubia, dejando su boca redonda mucho rato.

Joaquín, sin responderle, se despidió del grupo para dirigirse a su mesa donde ya los esperaba Adelina para atenderlos. La rubia lo siguió moviendo cabeza y caderas con desgano.

Por una de las ventanas del comedor se vio pasar al voluminoso don Hernán, en amistosa charla con la dueña de la hostería. Ella caminaba lentamente y él la sostenía por un brazo. Los ademanes de la mujer eran amplios, como si le estuviera mostrando el lugar.

—¡Ahí está el tío! —exclamó Emilia—. ¡Qué raro que no haya venido a tomar té!

—Después de todo lo que almorzó... —doña Pepa dejó la frase sin terminar. Pero justo en ese momento el vozarrón de su marido irrumpió en el comedor pidiendo a Adelina su ración de kuchen, más tostadas y mantequilla.

—¡No hay como la mantequilla de campo! —exclamó, mirando hacia la mesa de Sara y Lila que lo observaban curiosas.

Emilia y su tía se despidieron de sus nuevas conocidas y se unieron a don Hernán.

—¿Y? —preguntó doña Pepa.

—¿Y qué? —respondió su marido.

—Tía Pepa quiere saber qué te pareció la dueña de la hostería, pues, tío. Te vimos en amena charla con ella.

Don Hernán exhaló un suspiro.

—¡Pobre mujer! ¡Puras tragedias! Debe de ser por eso que tiene ese carácter tan agrio. Me contó que hace un par de años perdió a su hermana en un accidente horroroso. Además, tiene poco menos que las cataratas del Niágara en cada ojo y le da pavor operarse. Por suerte, lo poco y nada que ve le basta para moverse en este lugar que conoce como la palma de su mano. Su único consuelo es Rafael, a quien adoptó hace algunos años.

—Sí, el de la silla de ruedas. ¿Sabías, tío, que lo operaron de la espalda?

—Doña Hortensia también me contó eso. Al parecer el muchacho se fracturó una vértebra cuando tenía doce años y lo operaron para corregir cualquier posible desviación de la columna vertebral. Pero como es una zona delicada y difícil la operación no tuvo el éxito esperado.

Como si la mención de su persona lo hubiera atraído al comedor, se escuchó el sonido de ruedas sobre las tablas enceradas y apareció Rafael, accionando los comandos de su silla. Tras él, impecable en su uniforme blanco, venía Teresa, la enfermera. En su rostro muy pálido, enmarcado por una melena color miel, los ojos grises y fríos contrastaban con la sensualidad de sus labios gruesos.

Apenas entraron se oyó la voz de la rubia.

—¡Gatito! ¿Te preparo otra tostada con mermelada?

No se escuchó la respuesta, pero no había pasado un minuto cuando la rubia se levantó del asiento y salió del comedor con paso airado. Joaquín también se puso de pie, pero en vez de seguir a su amiga —como Emilia habría esperado— se dirigió a la mesa de Rafael y se instaló allí.

—¿Están listos para la noche? Les anuncio que esta vez no me quedaré con la Dama Negra —oyó Emilia que decía.

—¿Vas a jugar, Teresa? —preguntó Rafael.

—Sí, como siempre —contestó ella, con la cabeza inclinada sobre su taza de café.

—Espero que alguna vez hagamos perder a Rafael —comentó Sara al pasar junto a ellos, rumbo a la puerta. Y en un impulso juguetón, revolvió con su mano llena de pulseras la cabeza ensortijada del muchacho. Rafael dio un respingo.



Capítulo Tres

LA DAMA NEGRA



El día aún no aclaraba y a Emilia le pareció que llevaba allí mucho tiempo. Y no porque lo estuviera pasando mal: por el contrario, le había parecido muy entretenido y cálido el ambiente del lugar. Sobre todo le había gustado la presencia de Rafael que, con sus ojos dorados, le parecía un personaje de novela romántica que de pronto se levantaría de su silla para combatir al dragón de las injusticias.

Absorta en sus pensamientos siguió deambulando por el sendero que llevaba hacia el bosque de eucaliptos, cuyos troncos de enormes cinturas lucían el paso de los años. Al cruzar el puente miró con algo de temor hacia abajo, donde las aguas corrían desbocadas y rugientes sobre las piedras. Se afirmó con ambas manos a las delgadas barandas y se dijo que alguien con vértigo sería incapaz de pasar por ahí. Cuando llegó al otro lado lanzó un estrepitoso suspiro y siguió caminando más confiada.

—¡Deteneos! —la sobresaltó una voz ronca.

Miró a su derecha. Y entre el encaje de las hojas vislumbró una figura. Como la luz del sol a esa hora caía

oblicua frente a ella entorpeciendo su visión, sólo vio un cuerpo alto y el contorno de una cabeza de largos cabellos brillantes.

—¡Soy el fantasma del bosque! —dijo la figura, deteniéndose un instante, antes de avanzar hacia la muchacha.

Cuando Emilia reconoció al cineasta, lanzó una carcajada.

—¡Espero haberte asustado! —rió también Joaquín y agregó—: Estoy reconociendo el terreno en el que filmaré mi película y por tu cara me di cuenta de que este es el lugar perfecto para una de las escenas terroríficas de *Horror Verde*.

—¿Y muere alguien en su película?

—Sí, justamente aquí. Ella será lanzada al fondo del acantilado.

—¿Ella?

—Sí, ella, Betty. El único problema es que sufre de vértigo y se niega a acercarse al lugar. Creo que tendremos que usar un doble.

Emilia imaginó a la actriz, con sus tacones altos, caminando llena de remilgos por el angosto puente y trató de disimular una sonrisa.

Joaquín se unió a su paso. El sendero terminaba en un claro donde se distribuían unas mesas hechas de tronco con unas banquetas a sus costados. Más allá de los aromos en flor, nuevamente se abría el acantilado.

—¡Mire, qué lindo lugar para picnic! —dijo Emilia, encantada.

—Podríamos proponer un almuerzo campestre a doña Hortensia —dijo Joaquín, y sacó un cigarrillo.

—¿Por qué no me cuenta de su película? —pidió Emilia, sentándose sobre una mesa, sin importarle la tierra que había sobre ella.

—Es la historia de un crimen —respondió Joaquín, luego de exhalar una bocanada de humo. Y luego agregó—: Pero de un crimen perfecto.

—¿Nunca se descubre quién es el asesino?

—Esa es la gracia del guión: los espectadores saben todo, pero los personajes nunca se dan cuenta.

—¿Y quién es el libretista?

—Yo.

Emilia lo miró con admiración. No se habría imaginado que ese hombre de aspecto tan frívolo pudiera escribir una buena historia.

—Betty debe ser muy buena actriz —dijo la joven, sólo para ser cortés.

—Te sorprenderías de lo buena que es —contestó él, pensativo.

“Es buena actriz al parecer, y le financia sus películas”, se dijo Emilia. “Con razón tiene tanta paciencia con sus mimos de gata vieja”.

Oscurecía. Un instante después, los dos atravesaban el puente de regreso a la hostería.

Entraron juntos al bar. Allí estaban los tíos de Emilia bebiendo un campari en amena conversación con Lila y Sara. También estaba Betty, en una mesa de la esquina, en amurrada contemplación de sus uñas. Cuando los vio entrar sonrió con animación y les hizo señas.

—¿Dónde te habías metido, gatito? —la escuchó roncinear Emilia, apenas él llegó a su lado.

La muchacha se acercó al bar para pedir una bebida. Frente a ella, doña Hortensia le daba la espalda mientras hablaba por el citófono que comunicaba con las habitaciones. De pronto, su voz alterada se alzó lo suficiente como para que Emilia alcanzara a escuchar.

—Es mi última advertencia, Teresa. No quiero escándalos en mi hostería. No..., no te disculpes. A la próxima te vas, y sin recomendaciones. Ya sabes lo que eso signifi-

ca para ti —agregó con cierta ironía. Luego cortó y de inmediato comenzó a palpar las teclas con sus dedos hasta que eligió una y presionó—: Humberto, ¿en qué te demoras? Ya la gente está aquí.

Emilia pudo confirmar que Lila tenía razón: el carácter de la dueña de la hostería era infernal. La joven pidió un jugo de frutilla a la camarera y se alejó del bar sin que doña Hortensia diera muestras de haber advertido su presencia.

Luego de la cena, que fue servida a temprana hora, regresaron al bar. En esos momentos todos reían porque la menuda Lila, sin ninguna ayuda, transportaba dos sillas, una en cada brazo, y las colocaba frente a la mesa de juego cubierta por un tapete verde estampado con figuras de naipes. Sara y Lila; don Hernán y Emilia; el cineasta y Betty; Rafael y su enfermera, Teresa, se sentaron alrededor de la mesa.

—¿Quién va a explicar el juego a don Hernán y a Emilia? —preguntó Joaquín, barajando los naipes con destreza.

—Es muy fácil —tomó la palabra Sara—: se reparte todo el mazo de una baraja. Los corazones son puntos en contra y tienen el valor que indica la carta y la Dama Negra, que es la reina de pic, tiene veinticinco puntos en contra. Hay que seguir obligadamente la pinta que se juega, pero si se está fallo se puede jugar un corazón o... la Dama Negra. En resumen, se trata de descartarse de los puntos altos, especialmente de la reina de pic, que es la carta fatídica.

—¿La dama de pic? —preguntó Emilia, como recordando algo en voz alta.

—Sí, ¿por qué? —preguntó Sara.

—No... nada. Es algo que leí en un diario viejo —se disculpó la muchacha.

—¿Qué leíste? —quiso saber Lila.

—Dejemos la conversación para después y ahora dediquémonos a jugar —intervino Betty. Y añadió—: Lo mejor es que hagamos una primera ronda de ensayo para que entiendan bien, igual como hicieron conmigo.

—Sospecho que ella todavía no entiende —cuchicheó Rafael, al oído de Emilia, provocando en la muchacha una risa ahogada.

Se sortearon las cartas y, en medio de murmullos, se inició el juego de ensayo. Don Hernán, sentado entre Lila y Sara, vio que le había tocado la Dama Negra. Por suerte pudo descartarse de una pinta y cuando Lila tomó la mano y jugó trébol— justo la pinta que don Hernán no tenía —éste, con una mirada de triunfo, lanzó la Dama Negra sobre la mesa.

Betty lanzó una carcajada nerviosa, mientras Teresa, con un cerrar de ojos, se negaba a aceptar el cigarrillo que en silencio le ofrecía Joaquín.

Lila se llevó el montón con una abierta sonrisa; pero Emilia notó la tensión de los músculos de su cuello y la mirada rabiosa que lanzó a su tío Hernán.

—¡Tranquila! —animó Sara a su amiga, adivinando su malestar—. ¡Esto era sólo un ensayo! —agregó, con sonrisa pícaro y tintineo de pulseras.

En ese momento doña Hortensia entró al bar, apoyada en el brazo del mayordomo. Se detuvieron junto a la barra e iniciaron, en voz muy baja, lo que a Emilia le pareció una discusión. Y mientras Lila barajaba los naipes y todos comentaban los sustos que habían pasado en el juego, la discusión en la barra parecía crecer, aunque siempre en un murmullo velado. Emilia se dio cuenta de que Rafael estaba observando la escena y de que apretaba las manos sobre los brazos de su silla.

—Si esta fuera una película, doña Hortensia estaría enamorada del mayordomo —susurró Betty al oído de Emilia.

—¿Por qué dices eso? —se sorprendió Emilia, en el mismo tono de confianza, mirando al hombre que se alejaba hacia el comedor.

—Intuición femenina, linda. En eso yo no me equivoco. —Y la rubia quedó súbitamente triste.

—¡Ya, menos cuchicheo que empezaremos el juego! —anunció don Hernán, dejando su lapicera dorada sobre la hoja donde había anotado el nombre de los jugadores.

—¡Qué lapicera tan linda! —se admiró Rafael, saliendo de su mutismo—. ¿Es una *Mont Blanc* legítima, verdad?

—Sí, regalo de mi esposa cuando cumplimos cuarenta años de casados —respondió el aludido, con orgullo.

El juego continuó en sagrado silencio. Y mientras Lila repartía las cartas, Emilia miraba a doña Hortensia con sorpresa, pues le costaba creer que las mujeres maduras también se enamoraran. ¿Sería verdad lo que pensaba Betty?

Hortensia se había sentado en una mesa junto al bar y bebía algún licor en una pequeña copa. Parecía ajena a toda presencia a su alrededor; sólo cuando regresó el mayordomo, con su paso rítmico golpeando las tablas, ella levantó la cabeza e hizo un gesto con su mano. El se acercó; Hortensia le cogió un brazo para obligarlo a inclinarse y le habló al oído. Momentos después el hombre, con el rostro impassible, ofrecía un bajativo a los jugadores.

—Cortesía de la señora Hortensia —iba diciendo, a medida que llenaba cada vaso.

Ensimismada en sus cavilaciones, Emilia desplegó lentamente sus naipes para ver con horror que, entre dos inocentes tréboles, aparecía la Dama Negra. Se puso en guardia. Olvidó los posibles enamoramientos de doña Hortensia.

Pero igual se quedó con la Dama Negra. Y cuando el tío anotó la enorme cantidad de puntos que ella había

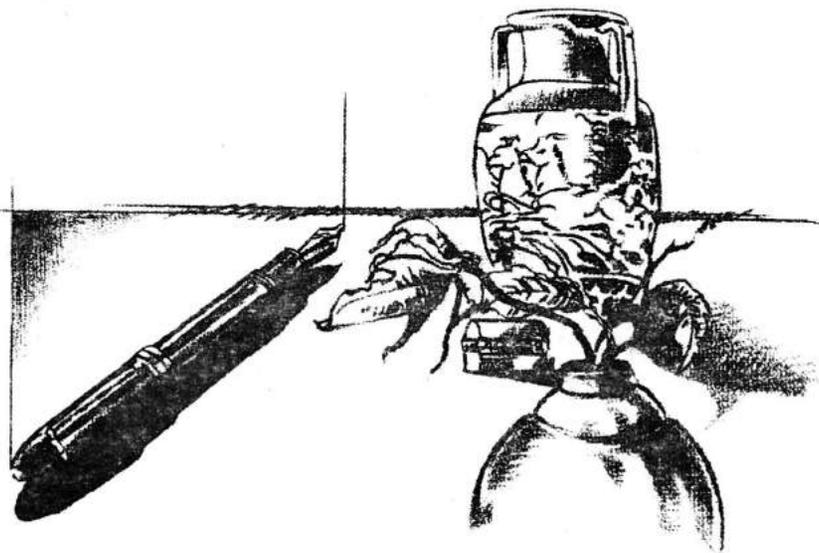
acumulado en una sola vuelta, dio, sin disimulo, una patada de rabia en el suelo.

—¿Te cuento? Yo era igual que tú, pero aprendí a controlar mi carácter con la actuación —le dijo Betty, con los ojos muy abiertos.

El juego se prolongó por más de una hora. Lila no perdía nunca y cuando lanzaba la dama de pic sobre la mesa lo hacía sin alardes. Cada vez que Sara se adjudicaba un montón de naipes, sus tintineos de pulseras distraían al resto. Cuando los bostezos de Betty se hicieron muy evidentes, don Hernán propuso terminar. Pero al buscar su lapicera para sumar los cómputos, no la pudo encontrar. Disimuladamente buscó debajo de la mesa y luego hurgueteó en sus bolsillos.

—¡No encuentro mi lapicera! —exclamó, revisando una y otra vez en sus bolsillos.

—¿La *Mont Blanc*? —Rafael llegó casi a saltar de su silla.



Capítulo Cuatro

¡DOÑA HORTENSIA NO DESPIERTA!



La *Mont Blanc* no apareció, pese a la búsqueda minuciosa en la que todos colaboraron. La señora Hortensia se había acercado a la mesa e incapacitada para buscar, daba órdenes al que se le ponía por delante.

—Usted siempre tan nerviosa, señora —se molestó Lila, enronqueciendo más

aún su voz.

—¿Y cómo quiere que esté con un ladrón en la hostería? —se exaltó la mujer.

—¿Ladrón? ¿Está acusando a alguien? Porque sepa que a mí se me desapareció un encendedor de oro hace dos noches —chilló Betty.

—¿Y cómo no lo había dicho antes? —respondió la hospedera con mal humor.

—Cálmense, por favor —dijo don Hernán, muy incómodo con la situación—. Seguro que aparece mañana con la luz del día, cuando hagan el aseo.

Pero la señora Hortensia temblaba entera, mientras todos revoloteaban por el lugar, buscando hasta en los lugares más apartados de la mesa de juego.

—Por favor, Humberto, tráeme más licor de cacao —pidió la dueña de la hostería, dirigiéndose al mayordomo que permanecía impassible observando la escena.

Humberto fue tras la barra y volvió con una botella. Vertió el líquido espeso en la copa vacía que su patrona había dejado sobre el tapete verde.

La búsqueda continuó por un buen rato. Los jugadores iban y venían por los alrededores de la mesa. Doña Hortensia permanecía sentada, mientras su mal humor iba en aumento.

—Parece que la Dama Negra siempre trae mala suerte —comentó Emilia a su tío.

Doña Hortensia la escuchó y ahogó un grito. Luego murmuró:

—Por favor, no mencionen más esa carta maldita delante mío.

—Por lo de su hermana, ¿verdad? —se atrevió a preguntar Emilia.

—Sí. Esa carta ha causado la desgracia de mi familia. A mi hermana menor mi padre le decía "Dama Negra" y a esa hermana nunca la volví a ver. Mi segunda hermana, ustedes saben... —la mujer hizo un gesto, como para borrar sus malos recuerdos y dijo—: Estoy segura de que mañana va a aparecer su lapicera, doctor.

—¡Yo también estoy seguro! —la animó el doctor—. Y ahora les propongo que nos vayamos a dormir —dijo don Hernán, cogiendo a Emilia por un brazo y haciendo una venia a todos—. ¡Buenas noches!

El sol entraba por los ventanales del comedor y hacía brillar las tazas y platos preparados para el desayuno. Los huéspedes, como si se hubieran puesto de acuerdo, llegaron tarde. Cuando Emilia y sus tíos entraron al comedor,

sólo estaba Rafael con la enfermera. Don Hernán buscó al mayordomo para preguntarle si habían encontrado su *Mont Blanc*. Pero el hombre no se veía por ninguna parte. Tampoco estaba la camarera, y el desayuno lo estaba sirviendo una mujer con delantal blanco que, seguramente, trabajaba en la cocina. Emilia ya había comenzado a untar las tostadas con mantequilla, en espera de su café.

—¡Eres un descuidado, viejo! —doña Pepa comenzó a regañarlo.

Don Hernán no alcanzó a responder porque en ese momento se abrieron bruscamente las puertas e irrumpió en el lugar Adelina, la camarera. Miró hacia todos lados y cuando vio al doctor se abalanzó hacia la mesa.

—Señor Martínez..., creo que usted es médico, ¿no? —Y sin esperar respuesta, comenzó a gimotear—: El mayordomo me dijo que lo viniera a buscar. Es que doña Hortensia no quiere despertarse y está tan pálida...—la mujer terminó en un sollozo histérico.

La silla de don Hernán sonó contra las tablas cuando éste se levantó de golpe. Emilia, haciéndose la que no escuchaba el consejo perentorio de su tía de permanecer ahí, salió disparada tras él.

Cuando llegaron a la habitación de la dueña de la hostería se encontraron con el mayordomo que, de pie junto a la cama, miraba con preocupación a la mujer que yacía en ella.

El mayordomo explicó con voz pausada que la camarera lo había ido a buscar y que llevaba allí más de diez minutos tratando de despertar a su patrona.

Don Hernán levantó los párpados de la enferma, tomó su pulso y advirtió preocupado la languidez de sus músculos. Cuando terminó el examen dictaminó:

—La señora Hortensia está absolutamente drogada. Por suerte sus órganos vitales funcionan bien. Dormirá como una roca durante varias horas. Cuando se despierte,

hay que darle café. —Luego preguntó—: ¿Ella acostumbra ingerir somníferos o algún medicamento especial?

—Sólo gotas para los ojos y cuando está muy nerviosa bebe para relajarse una copita de licor de cacao —respondió la camarera.

Los ojos de Emilia vagaron por la habitación, que estaba en perfecto orden. Las cortinas, immaculadas en su blancura, flotaban con un aire inocente. No había ninguna prenda de ropa sobre el pequeño sillón tapizado en felpa gris y sobre la cómoda se veían varios marcos portarretratos con fotografías, cada uno sobre un pañito de encaje. Mientras su tío volvía a tomar el pulso a doña Hortensia la muchacha se acercó a mirar las fotografías. En una de ellas posaba un señor de bigotes y mirada adusta junto a una mujer menuda vestida con un traje dos piezas y un fenomenal peinado. Por los rasgos de la mujer, Emilia supuso que era la madre de doña Hortensia: ambas tenían el mismo rostro de huesos anchos y la misma boca de labios delgados y comisuras pronunciadas. En cuanto al hombre, que debía ser el padre, no le encontró ningún parecido con doña Hortensia, aunque los ojos muy juntos le recordaron a un aguilucho y a alguien que ella había visto no hacía mucho en alguna parte. En otra, un grupo familiar en la playa mostraba a tres niñas sentadas en la arena y detrás, bajo un quitasol, el señor de bigotes y mirada adusta. Un tercer pañito de encaje aparecía solitario sobre la superficie de la cómoda. Emilia pensó que sobre ese pañito debió haber habido algún objeto.

Diez minutos más tardes regresaban al comedor donde una veintena de ojos curiosos se volvieron en busca de noticias. Doña Pepa ya los tenía al tanto de que la dueña había amanecido muy enferma y de que su marido, médico de profesión, la estaba examinando.

—Está bien, no se preocupen —dijo don Hernán—. Sólo está bajo el efecto de una fuerte dosis de somníferos.

—¡Seguro que se puso muy nerviosa con lo de la lapicera y se le pasó la mano con los calmantes, para poder dormir! La entiendo, a mí me sucedió una vez... —dijo Betty, dejando la frase inconclusa. Luego dio un enorme suspiro y miró de reojo a Joaquín.

—A propósito de lapicera, ¿la encontró? —preguntó Lila.

—No —fue la escueta respuesta del doctor.

—¿Y cuál es su especialidad, doctor Martínez? —siguió interrogando la mujer.

—Gastroenterólogo —respondió con parquedad don Hernán, temiendo otra consulta a la hora del desayuno.

—Menos mal que no es cirujano plástico —comentó abruptamente Lila.

—¿Y por qué, señora Lila? Yo creo que a cierta edad son una bendición —acotó Betty.

—Tengo una amiga que era preciosa y que cayó en manos de un famoso cirujano plástico. Les diré que perdió belleza en vez de ganar.

Emilia, aunque temió una respuesta airada, se atrevió a preguntar:

—Y si era bonita ¿para qué se hizo la cirugía estética?

—Muy simple. Hay gente que nunca está contenta con lo que tiene y siempre quiere tener más: ya sea dinero, poder o belleza —se adelantó a contestar Sara por su amiga.

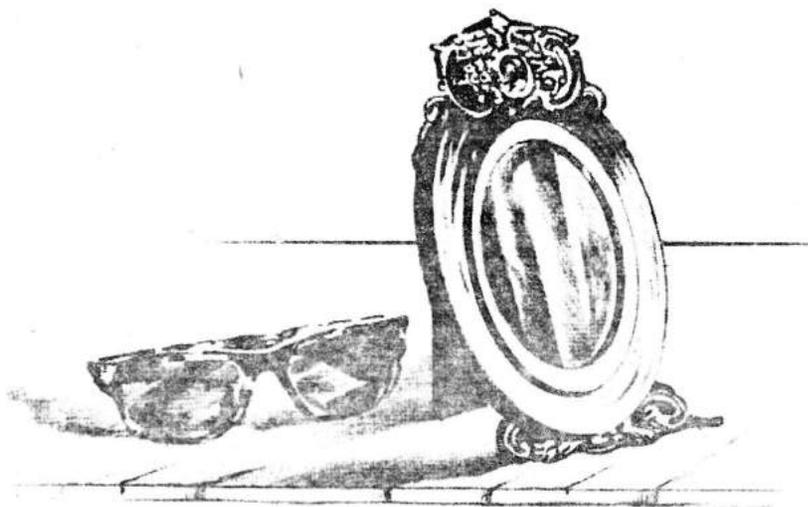
—Eso es muy cierto —dijo doña Pepa, dando por terminada la conversación al ver que su marido se alejaba disimuladamente hacia su mesa.

El grupo que rodeaba a los Martínez volvió a sus puestos habituales y siguió con el desayuno.

Rafael aprovechó que Emilia pasaba junto a él para decirle:

—Quiero que nos juntemos en la pileta de los leones a las diez: necesito hablarte. Es la hora en que Teresa se va a dar un baño termal y yo gozo de libertad.

Emilia pensó que su estadía en el lugar se estaba volviendo interesante. Tomó rápidamente su café con leche, engulló un *croissant* relleno de chocolate y dos tostadas con mantequilla y mermelada de naranjas. Y, con todos los sabores aún en la boca, se preguntó qué querría decirle Rafael.



Capítulo Cinco

UNA INSOLITA REVELACION

De los hocicos dorados de los leones caía incansable el agua. Cuando Emilia llegó junto a la fuente, Rafael ya la estaba esperando. La jovencita se instaló en un sillón de mimbre junto a la silla de su amigo y lo miró sonriente. Pero él no respondió a su sonrisa. Se veía incómodo.

—Te pedí que vinieras porque necesito con urgencia hablar con alguien. Y aquí no tengo amigos, ni tampoco, como comprenderás, puedo salir a buscarlos.

—No te preocupes. Además me encantaría ser tu amiga —respondió de inmediato Emilia, preparándose para una confidencia.

—Gracias. Dos cosas te quiero decir y las dos son importantes —empezó Rafael, mirando hacia todos lados—. La primera es que sospecho quién robó la lapicera y segundo, estoy casi seguro de que fue mi propia tía Hortensia la que se dopó para llamar la atención de Humberto.

—¿Quién es Humberto? —preguntó Emilia, enredada con tanto dato.

—El mayordomo.

—¿Y por qué tu tía quiere llamar la atención de él?

—Porque mi tía... —Rafael, dudaba, buscando las palabras—. Mi tía está encaprichada con él.

—¿Encaprichada?

—O enamorada, si quieres.

Emilia recordó su conversación con Betty y se dijo que la rubia actriz no era tan tonta como parecía.

—¿Cómo así?

—Primero, lo hizo socio en la hostería. ¡A un mayordomo!

—A lo mejor es un buen socio.

—Desconfío de ese hombre.

—Yo creo que tu tía se sabe cuidar muy bien.

—No creas que tanto. Una mujer de fortuna como ella es un buen sebo para un aprovechador. Lo único que falta es que la convenza, si es que ya no la convenció, de que lo incluya en su testamento.

—¿Quiénes son los herederos legales de tu tía?

—En este momento, si ella no ha hecho cambios, sería yo su único heredero: su hermana mayor murió hace dos años y la menor parece que también.

—¿Parece?

—Se fue al extranjero cuando cumplió veintiún años. Según la tía, tenía un carácter muy raro, era enferma de la cabeza... una loca. Dice mi tía que lo más seguro es que haya muerto.

—¡Lo que no entiendo es por qué tu tía se dopó!

—dijo entonces la muchacha, aburrída con el tema de la herencia.

—Para llamar la atención. Mi tía es muy fisgona: lo que no ve, lo escucha. Y parece que escuchó a Humberto hablar por teléfono con otra mujer.

—¿Y cómo sabes tanto?

—Porque yo estaba con ella cuando levantó el teléfono y sorprendió la conversación. Pobre tía... ¡vieras cómo se puso! Peor que cuando asesinaron a su hermana...

—No me vas a creer, Rafael, pero esa historia la leí ayer en un periódico viejo que envolvía un cántaro de greda que compró mi tía en el camino. Y justamente anoche, cuando jugábamos naipes, me acordé de la historia con el juego de la Dama Negra.

—Yo me he acordado noche a noche, porque llevamos una semana jugando. Empieza el juego y mi tía se va del bar.

—¿Y quién robó la lapicera de mi tío Hernán? —se acordó entonces Emilia.

—La misma persona que robó el encendedor de Betty y mi llavero de nácar.

—¿Quién?

—La señora Sara.

—¿Y cómo sabes?

—Porque la sorprendí escondiendo en su bolso una cucharita de café.

—¿Quieres decir que es cleptómana? —se aventuró a decir Emilia.

—O ladrona —sentenció con dureza Rafael.

—¿Y no le has dicho nada a la señora Hortensia? —se extrañó la muchacha.

—Teresa se ha encargado de decir que la inmovilidad ha desarrollado en mí un exceso de fantasía. Por lo tanto, no me creerían si no les presento pruebas. Y es por eso que quería pedirte ayuda —Rafael se la quedó mirando con los ojos brillantes.

—¿Y cómo te podría ayudar yo? —dijo Emilia, preguntándose si Teresa tendría razón.

—Registrando el dormitorio de Sara.

Emilia se quedó unos instantes en silencio. Toda la historia de Rafael le parecía exagerada.

Las cavilaciones de la muchacha fueron interrumpidas por un acceso de tos de Rafael.

—¿Te sientes bien? —le preguntó al verlo colorado y manoteando.

—¡Me estoy resfriando! Tengo un poco de frío. A Teresa se le olvidó pasarme mi suéter —se violentó el muchacho.

Emilia había descubierto una faceta de la personalidad de su amigo que no le gustaba nada. Pero al verlo en su silla y recordar que tenía que prepararse para una nueva operación, sintió que lo comprendía.

—Si quieres voy a los baños y le pregunto a Teresa dónde dejé tu suéter —se ofreció.

—Te lo agradezco —respondió él entre toses y carraspeos que a Emilia le parecieron exagerados.

La muchacha atravesó el jardín y entró en el enorme y antiguo edificio de los baños termales. La humedad le salió al encuentro en cuanto cruzó el umbral. Una escalera de mármol blanco descendía hasta lo que le pareció el fondo de la tierra. Pero en lugar de estar oscuro, los colores que pasaban a través del inmenso vitral que hacía de pared en el fondo de la nave, iluminaban todo con un juego de arco iris.

Los pasos y las voces retumbaban en el lugar con ecos de catedral. Emilia comenzó a bajar con paso ágil, pensando en todo lo que tendría que volver a subir.

Una vez abajo, se dirigió a una mujer sentada frente a una mesa que se ocupaba en llenar unas fichas.

—¿La señorita Teresa está aquí? Necesito darle un recado.

—¿A Teresita? No ha venido hoy —respondió la mujer mirando con simpatía a Emilia.

—Gracias —respondió Emilia, tratando de imaginar en dónde estaría la enfermera.

Luego de subir los interminables escalones del edificio de los baños llegó sin aliento a la fuente de los leones. Pero su amigo ya no estaba allí. Calculó que el tío Hernán y la tía Pepa estarían dando una vuelta por los alrededores y decidió buscarlos. Se fue caminando por el sendero



del bosque hacia el puente. Todo lo que le había contado Rafael daba vueltas en su cabeza. ¡Qué ganas de que Diego estuviera con ella! Se sentó en un tronco cortado, lleno de musgo, y se quedó allí con la mirada perdida. Los pájaros piaban con estridencia, escondidos entre el follaje. De vez en cuando uno cruzaba por sobre su cabeza con aleteos suaves. El río continuaba su incansable carrera a los pies del acantilado. De pronto un murmullo, que no era de agua ni de alas, interrumpió el armónico rumor del bosque. Era una conversación entre un hombre y una mujer. Emilia aguzó el oído, sin moverse de su asiento. Los que conversaban estaban a pocos metros de ella, tras los eucaliptos.

—Es lo único que podemos hacer —dijo una voz de hombre—. Ten paciencia.

—¿Hasta cuando? —preguntó una mujer.

—Hasta que concluya la filmación, ya te lo he dicho. Si Betty se entera ahora de que quiero terminar con nuestro proyecto de matrimonio, ¡adiós película!

—Entonces, lo que estoy entendiendo es que no debemos vernos hasta que pongas punto final a tu maldita película, que ni siquiera empiezas.

—Teresa, sabes que te amo.

—Me dices que me amas, pero también me dices que no me preocupe sabiendo que la señora Hortensia nos sorprendió. ¡Y esa vieja es maligna! ¡A veces me pregunto si no hace las cosas sólo por molestarme!

—Cuando estemos juntos dejarás de trabajar como enfermera. Y a nadie le va a importar ese incidente que te pesa tanto. ¡A cualquier médico o enfermera se le puede morir un enfermo!

—Pero no a todos los acusan de negligencia, como a mí. La señora Hortensia me dio trabajo sólo para tenerme entre sus manos y poder pagarme una miseria.

—Paciencia, Teresa, paciencia...

—Lo mismo me dijiste el año pasado, en este mismo lugar, Joaquín.

Emilia no se atrevía ni a respirar. Se quedó encogida sobre el tronco. ¿Qué podía hacer para desaparecer del lugar sin que la vieran? Las voces dejaron de escucharse y la muchacha temió que de pronto la pareja apareciera frente a ella. No le quedaba más alternativa que arriesgarse y alejarse de ahí en punta de pies. Por último, si la veían, estaría lo suficientemente lejos para que no pensarán que ella había escuchado.

Emilia caminó de vuelta hacia la hostería, tratando de no pisar las hojas secas y evitar así el menor crujido.



Capítulo Seis

ROBO EN LA HOSTERIA



A la hora de almuerzo, cuando todos estaban otra vez reunidos en el comedor, apareció la señora Hortensia con el rostro muy pálido y apoyada en el brazo del mayordomo. Caminaba con más lentitud que de costumbre y se dirigió directamente a la mesa de don Hernán. Cada uno de los pasajeros, ya al tanto de lo que le había sucedido, tuvieron el mismo impulso de levantarse a saludarla. Pero ella, como si los hubiera visto, los instó a seguir almorzando con un ademán de su mano.

—Buenas tardes, doctor, venía a agradecerle su atención. Como ve, ya estoy perfectamente bien, aunque no sé qué me sucedió.

—¿Está segura, señora Hortensia, de no haber tomado ningún sedante anoche? —preguntó don Hernán.

—Segurísima. Me bastaron dos copitas de licor de cacao más el mal rato que me llevé por lo de su lapicera, para quedarme dormida como nunca de rápido —la mujer modulaba con dificultad, como si aún estuviera bajo los efectos de la droga.

—¡Demasiado dormida, doña Hortensia! ¡Usted esta mañana estaba en otro mundo! —comentó don Hernán con seriedad.

—No crea que estoy tranquila, doctor, al contrario. Además, cuando me acerqué a la cómoda me di cuenta de que alguien robó uno de los portarretratos heredados de mi madre: creo que fue por eso que me doparon.

—¿Era de mucho valor ese portarretratos? —preguntó don Hernán.

—No. Para mí tenía valor, pero solamente sentimental.

Emilia entonces se dio cuenta de lo acertada que estuvo al fijarse en ese primoroso pañito, tan simétricamente ordenado junto a los otros, pero sin ningún objeto sobre él.

—Creo que deberé interrogar a Adelina —siguió la mujer—: ella es la que hace aseo en mi cuarto.

“Si es cierto lo que dice Rafael, a la que habría que interrogar es a Sara”, pensó Emilia, mirando de reojo a sus vecinas de mesas.

—¿Por qué no se sienta un rato con nosotros? —ofreció Pepa.

—No, gracias, terminen tranquilos sus almuerzos. —Y luego alzó la voz para que todos en el comedor la escucharan—: Tengo algo que decirles: aceptaré la sugerencia que me hizo don Joaquín Benetti y organizaré para mañana un almuerzo al aire libre en la orilla del río.

Todos recibieron la invitación con exclamaciones de alegría.

—Humberto, acompáñame a mi mesa —dijo entonces Hortensia.

En el momento en que la mujer se alejaba del lugar, Adelina se presentó con una bandeja llena de tazones de consomé. Cuando pasó junto a la dueña de la hostería, ésta la increpó:

—¿Recién vas a servir el consomé, Adelina? Cuando te desocupes, ven a mi mesa porque quiero hablarte.

Las miradas curiosas de Sara y Lila dirigidas hacia la mesa de Emilia y sus tíos, mientras Hortensia hablaba con ellos, habían sido sin ningún disimulo. Y en cuanto la dueña de la hostería se retiró, las dos mujeres se levantaron presurosas y acercaron sus sillas a la de sus vecinos.

—Nosotras ya terminamos de almorzar. ¿Qué les parece que tomemos el café con ustedes? —dijo Lila.

Don Hernán levantó una ceja y Emilia supo que no le gustaba mucho la idea. Pero eso no fue advertido por las dos mujeres que iniciaron de inmediato su interrogatorio. Y después de ponerse al tanto de lo que Hortensia había dicho, se despidieron sin más.

—Nos vamos a ir a reposar un rato porque a las cuatro en punto tenemos cita en los baños —dijo Sara, levantándose.

—Y esta noche no se olviden de la Dama Negra —recordó Lila, al despedirse.

Tía Pepa esperó a que las mujeres desaparecieran del comedor para comentar despacito:

—A ese par de entrometidas no les importa ser mal educadas. ¡Nadie llega así a sentarse a la mesa de un vecino sin que la inviten!

—Pero igual les contaste todo lo que quisieron saber —rió don Hernán.

“Lo que es a mí”, pensó Emilia, “la intromisión de las dos señoras me sirvió para enterarme de algo: a las cuatro de la tarde dejarán su habitación. Tengo que pedirle ayuda a Rafael”.

Emilia y Rafael no tuvieron que esperar mucho, pues Sara y Lila fueron más que puntuales. A las tres cincuenta y cinco de la tarde las vieron entrar al pabellón de los baños con sus toallas bajo el brazo.

—Toma —le dijo Rafael—, aquí tienes una copia de la llave del dormitorio de las señoras. La saqué de la oficina de mi tía.

Emilia se dirigió sin perder tiempo hacia el edificio de las habitaciones. La de las dos mujeres quedaba en el mismo pasillo que la suya, aunque separada por una pequeña salita, amoblada con tres sillones, una pequeña mesa y un gran florero con un arreglo seco; el recinto hacía de descanso entre los dos largos corredores de dormitorios. La habitación de Emilia era la número 10 y la de las mujeres la 28. Se detuvo frente a ésta, respiró hondo, y abrió.

El cuarto era idéntico al de sus tíos: dos camas gemelas, separadas por una mesita de noche con cubierta de cristal; un ropero con puertas de espejo y una cómoda tocador, sobre la cual se ordenaban una serie de frascos de cremas, perfumes y cajitas. Le llamó la atención un pequeño espejo cuyo mango de marfil con incrustaciones de nácar tenía las iniciales V.R.L.

“Si yo quisiera guardar algo para que no lo vieran, ¿dónde lo escondería?”, se preguntó la muchacha. Y decidió que en esas circunstancias —con una compañera de pieza— el mejor lugar sería su propia maleta con llave. Pero se equivocó: las dos maletas que había dentro del armario estaban vacías y sin llave. Con impaciencia, Emilia siguió buscando, entre la ropa, al interior de los zapatos, en el velador y hasta en el botiquín del baño. Entonces se acordó de la película de una alcohólica que escondía las botellas dentro del estanque del W.C. El resultado, ¡pura agua! Al salir del baño vio, colgadas en dos perchas junto a las toallas, dos batas de levantarse que mostraban las personalidades de sus dueñas. La celeste y acolchada era seguramente de Lila, en tanto la floreada y con vuelos, mucho más larga que la otra, pertenecía a la siempre muy adornada Sara.

Unos pasos en el pasillo le hicieron correr a buscar escondite. Intentaba meterse debajo de una de las camas, cuando los pasos se alejaron.

Mientras se levantaba miró hacia lo alto y sus ojos recorrieron el ropero que tenía enfrente. Entonces advirtió que éste terminaba en una especie de encaje de madera, de unos veinte centímetros de altura, que impedía ver el techo del mueble. Por lo tanto, hasta un pequeño maletín podía esconderse ahí sin ser visto. Se incorporó y corrió la única silla que había en el lugar. La puso contra el armario y se subió arriba. Le bastó estirar la mano para que sus dedos se encontraran con un pequeño bulto de género. Lo cogió, presa de una gran excitación: ¡algo tintineaba en el interior de la bolsa! La abrió de inmediato y vació su contenido sobre una de las camas. Y el corazón casi se le salió del pecho cuando entremedio de tres cucharitas brillantes y plateadas, un encendedor de oro, un cenicero de cristal, un lápiz labial en un estuche dorado, un marco portarretratos de plata ovalado y un llavero de nácar, estaba la *Mont Blanc* de su tío.

¡Sara era realmente una cleptómana, que, como las urracas, robaba todo lo que brillaba! Se guardó la bolsa bajo la blusa que llevaba suelta sobre los jeans y salió del cuarto, volviendo a cerrar con llave.

Corrió a contarle a Rafael el éxito de su investigación.

—Toma la llave para que la devuelvas y... tatatatán... ¡aquí está el botín! —exclamó, en tono de triunfo, dando unas palmaditas en su estómago que se veía abultado—. ¡Aquí está todo, incluso el portarretratos de tu tía!

—¿Un portarretratos, dices? ¡A ver, muéstramelo!

—Aquí no. Nos pueden ver. El portarretratos es ovalado y en la parte superior tiene un ramillete de flores en relieve.

—¡Ese es! ¿Y con una foto de tres jovencitas?

—No, no tiene ninguna foto. Lo que me pregunto es cómo Sara logró introducirse en el dormitorio de tu tía.

Rafael se encogió de hombros y la mente de Emilia comenzó a correr: era mucho más creíble que Sara hubiera dopado a Hortensia para robar el portarretratos que la teoría de Rafael acerca del llamado de atención de su tía hacia Humberto. "Pero, ¿en qué momento podría haber sido Sara tentada por ese portarretratos?", se preguntó Emilia. Aparentemente no existía ninguna intimidad entre ella y la dueña de la hostería. Además, ¿llegaría una cleptómana a dopar a alguien para robar? Sin embargo, el hecho evidente era que el portarretratos estaba en el cuarto de Sara y Lila, junto a los otros objetos robados.

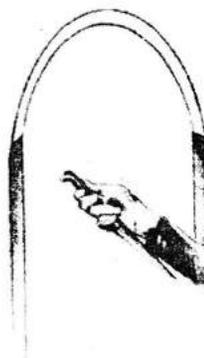
De pronto Rafael se puso tenso:

—¡Cuidado! Ahí viene Teresa, no quiero que sepa nada. Se ha puesto muy rara últimamente.

Emilia sabía exactamente por qué estaba extraña Teresa, pero no lo dejó notar. Pensó que Teresa ya tenía suficiente drama en su vida como para estarla acusando delante de su enfermo.

—Te espero en media hora más en el dormitorio para tus ejercicios —advirtió la enfermera a Rafael, al pasar por su lado.

—¡Ejercicios! Estoy harto de esos ejercicios —masculló el muchacho, con gesto de fastidio.



Capítulo Siete

OIDOS BAJO EL ROSAL

Cuando Emilia y Rafael llegaron a la oficina de doña Hortensia los gritos de la mujer retumbaban en el pasillo.

—¡Chiquilla floja! Terminas de hacer el aseo a la hora que se te antoja y te atrasas para servir la mesa. Además, no me extrañaría nada que hubieras sido tú la que me robó el portarretratos. Porque

te diré una cosa: podré estar muy ciega, pero me doy cuenta de lo que falta en mi habitación.

—Eso sí que no se lo voy a permitir, señora. ¡Yo no soy una ladrona! —se alzó la voz aguda de Adelina.

Emilia miró a Rafael, y al unísono golpearon a la puerta.

—¡Soy yo, tía, es importante! —habló Rafael.

—Retírate —se escuchó decir a Hortensia y de inmediato la puerta se abrió para dar paso a una Adelina con los ojos enrojecidos.

La silla de ruedas se deslizó hacia el interior de la pequeña oficina y Emilia la siguió.

Hortensia estaba sentada tras un escritorio. A sus espaldas, se abría un ventanal protegido por una reja en la que se enroscaban larga guías de rosas trepadoras. El

aroma de las flores invadía el lugar y una brisa movía las cortinas transparentes. La mujer tenía una gruesa lupa entre sus manos y sobre el escritorio había un papel con números de gran tamaño. Su rostro se veía pálido.

—¿Qué dice, mi niño? ¿Con quién vienes? —preguntó tratando de escudriñar a través de sus lentes oscuros.

—Es Emilia, la sobrina del doctor Martínez, tía.

—¿Y a qué se debe esta visita? ¡Siéntate, Emilia! —ofreció la mujer, haciendo un gesto vago para mostrar una silla a su derecha.

—¡Tía, descubrimos al ladrón de la lapicera! Es la señora Sara —lanzó de sopetón Rafael, golpeando los brazos de su silla para enfatizar la noticia.

—A ver... ¿cómo es eso? —Hortensia puso atención.

A un gesto de Rafael, Emilia sacó la bolsa y despararró su contenido sobre los papeles del escritorio. Primero la mujer palpó cada objeto y luego tomó la lupa y los acercó hasta su nariz.

—¡Aquí había una fotografía! —dijo, acariciando el portarretratos—. ¡La única que tenía de Rosa ya mayor! Aún alcanzaba a distinguir su figura tan querida con mi lupa.

—Rosa es la hermana asesinada —cuchicheó Rafael al oído de Emilia.

—Rosa... —Hortensia, por un momento, pareció olvidar la presencia de los jóvenes y siguió acariciando el vidrio del portarretratos—. Ya no me queda nada tuyo —dijo con voz entrecortada.

Y cuando Emilia pensó que vería caer lágrimas por detrás de los anteojos oscuros, Hortensia se enderezó y exigió con su voz seca:

—Cuéntame.

En un minuto, Rafael le contó del registro de Emilia en la habitación de Sara, producto de las clarísimas sospechas que él guardaba desde que la había sorprendido

escondiendo una cucharita de café en su cartera. En esa ocasión, se había decidido a vigilarla.

—Y no sólo están sus cucharitas, sino que su portarretratos, la lapicera, mi llavero, el encendedor de Betty... —siguió el muchacho.

El rostro de la mujer tenía un rictus severo.

—Podrías haberme informado a mí primero, Rafael. No me gusta nada eso de andar registrando las habitaciones de los pasajeros —dijo, seca.

—Pero tía... ¿se da cuenta de lo que descubrimos? Yo quise evitarle a usted una preocupación y antes tenía que asegurarme. ¡No se enoje...! —habló Rafael en una súplica mimosa. Luego acercó la silla al escritorio, acarició una mano de Hortensia y volteó la cabeza para guiñar un ojo a Emilia.

De inmediato el rostro de la mujer se distendió en una sonrisa.

—Que sea la última vez que registres un cuarto de pasajeros sin mi conocimiento, detective.

Emilia carraspeó para hacer notar su presencia. Pero para Hortensia sólo existía Rafael.

—Creo que con esas dos señoras he conversado apenas un par de veces: una, cuando se registraron en la hostería al llegar; después, cuando la de la voz ronca... no... la otra, la de las pulseras que suenan, recibió un llamado de su hijo a la hora de almuerzo, que contestó en el bar. Yo estaba ahí en ese momento y me llamó la atención su llanto, tanto así que le pregunté si le pasaba algo. Entonces me contó que era su único hijo y que se emocionaba mucho cada vez que la llamaba.

—¿Tanto como para llorar? —se extrañó Emilia.

—Ustedes los jóvenes no saben lo que es el amor de madre —dijo Hortensia, buscando la mano de Rafael—. Tal vez su hijo la llama muy de vez en cuando y ella se emociona cuando lo hace. —Quedó un momento en si-

lencio y luego lanzó otra vez enojada—: Pero eso no la disculpa de ser una ladrona. Y si es así, ya lo sabrá su hijo.

—Pero a lo mejor la pobre es cleptómana... —insinuó tímidamente Emilia.

—Cleptómana o ladrona para mí es lo mismo: no puedo aceptarla en mi hotel. De inmediato le voy a pasar la cuenta para que se vaya. —Y cogiendo el citófono palpó los botones y oprimió el de más arriba—: Humberto, necesito que la señora Sara se presente en mi oficina lo antes posible. Sí, es importante. Tiene que ser ahora, después te explico —agregó bajando un poquito la voz.

—¿Es necesario que le explique al mayordomo, tía? —preguntó abruptamente Rafael.

—Es mi socio, recuerda —fue la respuesta impasible—. Y ahora, les pido que me dejen sola con esa mujer.

Emilia salió tras Rafael, que accionaba con rabia el botón de control de su silla.

—¿Cuándo se va a dar cuenta de que Humberto no la soporta? —dijo casi para él mismo. Y Emilia se asustó de la seguridad con que hablaba el muchacho.

En cuanto llegaron al jardín se encontraron con Teresa.

—¿Dónde te habías metido? Hace una hora que te busco para tus ejercicios. Después tu tía se enoja conmigo —recriminó la enfermera a Rafael.

—¿Y cuántas veces te he buscado yo sin encontrarte? —se defendió Rafael.

La enfermera, sin responder, empujó la silla del muchacho en dirección a los dormitorios.

Emilia quedó sola. Quizás en ese momento Sara se encaminaba hacia la oficina de Hortensia. ¡Qué ganas de saber cómo reaccionaría ante la acusación! Sin darse cuenta se encontró caminando por el sendero que llevaba a la ventana con rosas trepadoras de la oficina de la dueña de



la hostería. La voz airada de Hortensia llegó hasta ella. No lo pensó dos veces y corrió hasta la enredadera. Rogando al cielo que nadie la viera, se encucilló junto a la pared y se quedó allí muy quieta, escuchando a través de la ventana abierta.

—¡No me puede acusar así! ¡Yo no soy la única que duerme en ese dormitorio!

—Tengo razones para acusarla: alguien la sorprendió robando una vez. Y además me pregunto si no sería usted la que me puso un somnífero en mi copa de licor o qué sé yo dónde, para poder entrar a mi dormitorio y robarme el portarretratos.

—¡Yo no he robado su portarretratos! ¡Ni conozco su habitación, señora!

—¡Ja! ¿Entonces cómo explica que lo hayan encontrado en el bolso con todo su botín?

—Yo no sé... no entiendo...

—Mire, señora: no voy a llamar a la policía, porque no quiero escándalos. Aquí está su cuenta y espero que se vaya inmediatamente.

—Pero... es que... no puedo... Mi hijo me va a venir a buscar el domingo y él va a pagar todo. Yo no tengo dinero...

—Llámelo inmediatamente para que la venga a buscar hoy. Además, yo misma le voy a decir a su hijo que usted necesita un tratamiento siquiátrico, porque... ¿usted es una enferma, no?

Hubo un silencio.

Cuando Sara habló nuevamente, su voz era un largo lamento.

—Eso sí que no, por favor, no le diga una palabra a mi hijo, por favor, no lo soportaría.

—Suponiendo que usted es una enferma y no una ladrona, esperaré hasta el domingo. ¡Pero hasta ese momento, cuide sus manos!

—Gracias, señora Hortensia. Pero se lo suplico... no le vaya a decir...

—Su hijo tiene que saber algo tan grave. Usted es un peligro público: hay que ponerla al cuidado de un especialista.

Se escuchó el ruido de una silla al ser desplazada de su lugar y Emilia salió corriendo. En su carrera tropezó con el mayordomo que, extendiendo los brazos, le impidió que cayera al suelo:

—¿De dónde viene, a esa velocidad, señorita? —rió Humberto.

—Perdón, es... que... no lo vi... —balbuceó la muchacha, aterrada de que la hubiera visto bajo la ventana. Y en medio de su bochorno, Emilia notó que el hombre era buen mozo.

El mayordomo siguió de largo y ella corrió al dormitorio de sus tíos, para ponerlos al tanto de lo que había sucedido.



Capítulo Ocho

¿DONDE ESTA HORTENSIA?



Los pasajeros ya habían terminado su cena, cuando doña Hortensia llegó al comedor. En una de sus manos llevaba una pequeña bolsa de género, que Emilia reconoció inmediatamente, y con la otra maniobraba con destreza su bastón.

—Si me disculpan, quisiera decirles algo
—dijo a viva voz en cuanto cruzó el

umbral de la puerta.

Todos esperaron.

Doña Hortensia se veía tensa. Caminó hacia los Martínez con los labios apretados y cuando llegó junto a ellos adelantó la bolsa de género que le había entregado Emilia y la ofreció diciendo:

—Por favor, coloquen los objetos sobre la mesa y reconozcan lo que es de ustedes.

Sin ser invitados, todos se habían acercado a la mesa de los Martínez y miraban los objetos que doña Pepa se había encargado de esparcir sobre el mantel. Joaquín tartamudeó una broma que no tuvo eco y Betty exclamó:

—¡Mi adorado encendedor!

—¡Y mi lápiz labial! —se sorprendió Lila.

—Pido disculpas otra vez —dijo Hortensia—. Esto no volverá a suceder nunca más en mi hostería. Ya explicaré a los afectados el porqué de la desaparición de sus objetos. Por ahora les ruego que recuperen sus pertenencias, les doy las buenas noches y les prometo para mañana un día muy especial.

Emilia volvió disimuladamente la cabeza hacia Sara, que era la única que no se había levantado de su silla. Estaba muy concentrada haciendo pelotitas con las migas de su pan.

Los pasos de Hortensia y el golpe seco de su bastón se perdieron tras la puerta del bar.

“¡Qué bueno que mañana llega Diego!”, se dijo Emilia, anhelando compartir sus apreciaciones con alguien de su entera confianza.

Hernán y Joaquín demoraron una eternidad en cruzar el puente, sosteniendo cada uno un brazo de la dueña de la hostería. La amplia falda negra de la mujer revoloteaba entre la piernas de los hombres. Cuando llegaron al lugar ya estaban todos instalados frente a los manteles azules que cubrían las rústicas mesas de troncos. Era un agradable espacio rodeado por los eucaliptos. Más atrás, a ambos lados del sendero que llevaba al acantilado, los aromos floridos manchaban de amarillo del bosque. Adelina sacaba copas y cubiertos de los canastos, y Humberto distribuía en fuentes de madera trozos de jamón acaramelado, pavo, salmón ahumado y vistosas ensaladas.

La tensión de la noche anterior parecía olvidada y las conversaciones fluían alegremente. Incluso Sara se veía más repuesta y contestaba de buen talante las bromas de Joaquín.

—En cuanto terminemos de almorzar, Betty interpretará el gran monólogo de *Horror Verde*, ése que recita frente al acantilado antes de ser empujada al vacío —dijo Joaquín, lanzando una sonrisa amistosa a su novia.

—¡Ay, gatito! Yo al acantilado no me acerco...

—Nadie se va a acercar al acantilado, tontita. Ló puedes recitar aquí —le dijo, señalando una banca bajo un árbol, donde estaba sentada Teresa. La enfermera pareció no escuchar y siguió en su contemplación del paisaje.

Humberto se acercó a cada uno, ofreciendo un aperitivo. Adelina lo seguía con una bandeja de variados quesos. Hortensia se veía relajada, pero su rostro se endureció al escuchar cerca de ella la voz del mayordomo. Cogió una copa y la bebió de un sorbo, ante la mirada de asombro de doña Pepa.

Rafael se había puesto una camisa verde, que hacía juego con sus ojos y acentuaba la palidez de sus mejillas. Se acercó a Emilia y le dijo en voz baja que se avecinaban muchos cambios: su tía ya había despedido a Adelina y a Teresa. Los ojos del muchacho brillaban mientras contaba a su amiga las novedades.

—Al parecer estás muy contento —comentó Emilia.

—Por supuesto, ya no soportaba a Teresa y su falsa eficiencia.

—¿Y cuándo se van? —preguntó Emilia, mirando a las futuras desempleadas.

—No sé, me imagino que a fin de mes —respondió Rafael, con aire displicente—. Mi tía tendrá que buscar reemplazantes.

Comieron, bebieron, conversaron y rieron. Luego de los postres, Humberto desplegó mantas y sillas de lona bajo los árboles. La primera en instalarse fue Hortensia, que ordenó a Adelina que le cubriera las piernas con una manta. Algunos se tendieron y otros se sentaron. Las conversaciones fueron apagándose y la modorra llegó silen-

ciosa, abatiendo párpados. Emilia, luego de mirar su reloj —eran las tres de la tarde— y calcular que Diego estaría pronto a llegar, se tendió cuan larga era sobre una manta y apoyó la cabeza sobre los brazos. No supo si era un crujir de hojas o el zumbido de un insecto o quizás el ruido de Adelina o Humberto recogiendo vasos y platos lo último que sintió antes de quedarse dormida.

La camisa verde de Rafael se agitaba sobre los ojos de Emilia, y Humberto les tendía sendos vasos llenos de un líquido viscoso. Emilia supo que ese líquido contenía un veneno y no quería recibirlo, pero Rafael insistía en su oído que no lo rechazara. Mientras tanto, las carcajadas estridentes de Betty se mezclaban con los sollozos de Adelina, que había recibido una bofetada de doña Hortensia. Los dedos de la mano de la dueña de la hostería se habían transformado en tentáculos que danzaban en el aire y ahora se acercaban a ella para agarrarla por un hombro.

—¡Emilia! ¡Emilia! —sintió que la remecían y lanzó un grito—. ¡Emilia! ¿Qué te pasa? ¡Despierta!

La muchacha abrió los ojos y se encontró con el querido rostro de Diego.

—Diego... ¡qué bueno que estás aquí! —exclamó la muchacha incorporándose de un salto y lanzando sus brazos alrededor del cuello del recién llegado.

Diego le dio unos cariñosos tironcitos de pelo y miró a su alrededor. Algunos de los que allí dormitaban, diseminados bajo los árboles, mostraban algo de polvo amarillo sobre sus cabellos. Con el ruido de la conversación, uno a uno fueron abriendo los ojos e incorporándose, con aire despistado.

—¿Y este joven tan buen mozo, de dónde salió? —se escuchó la voz somnolienta de Betty.

—¡Es un amigo! —respondió Emilia, en una presentación general.

En ese momento apareció Rafael, accionando su silla de ruedas por entre los árboles.

—¡Hola, Diego, hombre! —saludó don Hernán, des-perezándose con un gran bostezo en su silla de lona.

Diego se acercó a los Martínez, se inclinó para besar a doña Pepa en la mejilla y dio un apretón de manos al doctor.

Joaquín, desde su manta, saludó al recién llegado con un gesto amistoso.

Sara y Lila, reclinadas en sillas contiguas, se veían dormidas.

Humberto, con un termo y varios vasos de papel, y Adelina, con una bandeja llena de bizcochos, se acercaron al grupo.

—¡Qué rico! ¡Café, cafecito, café! —los gritos de Betty hicieron saltar a Sara, que se incorporó asustada.

Lila abrió los ojos y miró con desgano a Betty recibir de manos de Humberto un vaso con humeante café negro.

—¿Y dónde está la señora Hortensia? —preguntó la camarera.

Todos miraron hacia la silla roja, donde la dueña de la hostería había estado sentada. Ahora sólo se veía su manta, arrugada sobre la lona.

—Yo la estuve buscando por ahí y no la encontré. ¿Está segura, Adelina, de que no está en la hostería? —preguntó Rafael.

—Por lo menos yo no la vi: entré a su habitación a dejarle toallas y no había nadie.

—Yo tampoco la vi por allá —siguió Humberto.

—¿Y dónde está la enfermera? —preguntó Sara—. ¿No estará con ella?

—Yo vi a una enfermera asomada a una ventana de la hostería cuando venía hacia acá —dijo entonces Diego.

—Hay que buscarla —declaró don Hernán, poniéndose de pie—. Es de esperar que esta señora, con la mala visión que tiene, no haya decidido dar un paseo sola.

—No creo. No podría... —se inquietó Rafael.

El doctor tomó el mando de la situación y distribuyó a todo el mundo para que buscara en distintos lugares. Humberto, Emilia y Diego partieron hacia el acantilado bordeado de aromos. Lila, Pepa y Sara, hacia el bosque de eucaliptos. Betty, Joaquín y Adelina buscarían en los alrededores del puente. Y don Hernán pidió a Rafael que permaneciera en el lugar mientras él iba al hotel a buscar a Teresa.

Los grupos se diseminaron obedientemente. Emilia escuchaba el eco apagado de las voces de los demás. De pronto el mayordomo se detuvo en seco y dejó caer los brazos en un gesto de impaciencia.

—¡Esto es un absurdo! ¡Doña Hortensia jamás vendría a caminar por este lugar!

—Yo creo lo mismo: si dicen que es casi ciega... —apoyó Diego.

Pero Emilia, llevada por un súbito impulso, corrió hacia la orilla del acantilado. Miró hacia abajo y el grito fue instantáneo.

—¡Ahí está!

Humberto y Diego se precipitaron a su lado y se asomaron por el borde del precipicio: unos cinco metros más abajo, y colgando entre las ramas de un espino que crecía en una saliente del acantilado, yacía un cuerpo de mujer. La falda negra de su vestido se movía con el viento.



Capítulo Nueve

UN CADAVER EN EL ACANTILADO

El proceso de recoger el cuerpo de Hortensia fue duro y penoso. Diego, venciendo su temor al vacío, se amarró a una cuerda sujeta al tronco de un aromo y descendió por la abrupta quebrada hasta el árbol. Una vez allí, Diego ató el cuerpo inanimado de la mujer con otra cuerda que lleva enrollada a la cintura. Desde el borde del acantilado, Humberto, Joaquín y don Hernán jalaron la cuerda que elevó como un fardo el cuerpo de Hortensia. Una vez arriba, don Hernán no tuvo que examinarla mucho para comprobar que la dueña de la hostería estaba muerta.

—Desgraciadamente hay que hacer la denuncia; que nadie toque el cuerpo.

—¿Denuncia? ¿Por qué denuncia? —preguntó Humberto, en tono seco.

—Siempre que alguien muere en un accidente de este tipo hay que llamar a Investigaciones —explicó el doctor. Y agregó—: Es ley.

Dos horas más tarde estaban todos reunidos en el bar frente al inspector Eugenio Santelices de la Brigada de Homicidios. Este era un hombre moreno y de apariencia tosca, con un vozarrón capaz de atemorizar al más valiente.

—Lamento decirles, señores, que nadie se podrá mover de aquí hasta no dejar clarificadas ciertas cosas —dijo, luego de saludar con una inclinación de cabeza.

—¿Qué quiere decir eso? —se escuchó la voz de Sara—. Mi hijo viene a buscarme mañana... ¡yo me tengo que ir!

—Señora, yo también espero que usted se pueda ir mañana.

—¿Y de qué depende? —preguntó Lila, con una voz que no parecía la de ella.

—Del peritaje que llevaremos a cabo en una hora más para comprobar si fue accidente o...

—¿O qué...? —saltó Betty.

—O asesinato, señorita. Esta noche, después de la cena, me gustaría que nos volviéramos a juntar aquí en el bar.

El revuelo que se produjo fue instantáneo. Todos comenzaron a hablar al unísono. Betty se colgó del brazo de Joaquín como buscando protección. Teresa se había acercado a Lila y las dos conversaban en voz baja, con los rostros extremadamente serios. Sara gimoteaba al oído de doña Pepa, que la tranquilizaba con unos golpecitos en la espalda. Adelina, de pie en medio de todos, permanecía inmóvil con una bandeja llena de tazas de café entre sus manos. Humberto la sacó de su estupor con una orden rápida; el mayordomo parecía el dueño de la hostería: corría entre la cocina y el bar, hablaba por teléfono y sostenía conversaciones con el inspector.

En un momento, Humberto se acercó a Sara y le dijo:

—La habitación 14 está lista para usted y su hijo, tal como lo había pedido. ¿Quiere trasladarse de inmediato, o mañana, cuando él llegue?



—Prefiero hacerlo esta noche, gracias. Arreglaré mi equipaje.

—Yo te ayudo —ofreció Lila, de inmediato.

El mayordomo asintió con un movimiento de cabeza y salió del bar.

Rafael, solitario en un rincón, tenía los ojos enrojecidos y le temblaba el mentón. Las ruedas de su silla, llenas de barro y hojas secas, habían dejado sus marcas en el brillante suelo encerado. La muchacha sintió una gran compasión y se acercó a él.

—No sabes cuánto lo siento, Rafael, te debes de sentir muy solo —lo consoló Emilia—. Quiero decirte que en mí tienes a una amiga.

Rafael la miró sin poder hablar. Luego, sin más, accionó la palanca de su silla y se alejó.

Emilia se quedó sola, algo sorprendida con la reacción del muchacho. Diego, que contemplaba la escena desde lejos, se acercó a ella y la invitó a salir al jardín.

—¿Te das cuenta en lo que estamos metidos? —comenzó Emilia, sentada en una de las sillas de mimbre, frente al macizo de flores que le gustaba tanto a la tía Pepa.

—Al parecer... es un asesinato —siguió su amigo.

—Yo creo lo mismo, no puedo pensar que esa señora ciega hubiera salido a pasear sola por ese sendero que lleva al acantilado.

—A menos que quisiera suicidarse —opinó Diego.

—No era del tipo suicida, te lo aseguro. Tenía un carácter fuerte y decidido.

En pocos minutos la muchacha puso al tanto a su amigo de todos los acontecimientos que había presenciado desde su llegada a la hostería.

Diego escuchaba con mucha atención.

—Me parece extraño lo del portarretratos: no creo que una cleptómana, si ése es el caso, organice tanto su

robo. Por lo general los cleptómanos roban las cosas que tienen a mano.

—Si es que ella es verdaderamente cleptómana. A lo mejor es lo que quiere hacer creer.

—Entonces tenía un motivo para robar ese portarretratos.

—¿Podría ser la foto? —preguntó Emilia.

—¿Cómo era la foto?

—Eso es lo raro: no estaba la foto.

—¿Y sabes qué foto era?

—Rafael me dijo que eran las tres hermanas Rodríguez cuando jóvenes y la señora Hortensia dijo que era la única foto que tenía de su querida hermana muerta.

Y Emilia se extendió en contarle con detalles lo que había leído del crimen de la hermana de Hortensia.

Diego escuchaba con la cabeza inclinada. Cuando Emilia terminó su relación, comenzó distraída a desprender una a una las pelusitas amarillas enredadas entre los cabellos del muchacho.

—¡Ay! ¿Qué haces? ¡No me tires el pelo!

—Es que estás lleno de flores de aroma, igual que...

—Emilia quedó en suspenso.

—¿Igual que qué?

—¿Sabes? Me acabo de dar cuenta de que salvo tía Pepa y tío Hernán, todos tenían la cabeza igual que tú, cuando nos despertaste de la siesta. Incluso Humberto y Adelina, porque unas pelusas cayeron de sus cabellos mientras me servían el café.

—¿Y...? Yo también me di cuenta de eso cuando llegué al lugar del picnic.

—Quiere decir que todos ellos caminaron en algún momento por el sendero de aromos que lleva al acantilado.

Los dos se sumieron en un largo silencio.

—¿En qué piensas? —preguntó la muchacha.

—Cuéntame de los huéspedes y de su relación con la muerta.

Emilia fue repasando uno a uno a los pasajeros, incluyendo a los empleados. Y también le habló del carácter difícil de Hortensia.

—Resumiendo: hay muchos de ellos que tienen buenas razones para alegrarse de su desaparición. Adelina, por ejemplo, se venga de una patrona despótica; Humberto se libra de una enamorada celosa y posesiva de la cual él no estaba enamorado; Sara, de ser desenmascarada ante su hijo; Teresa, de alguien que la extorsionaba por un pasado profesional turbio.

—¿Y los otros? —siguió preguntando el muchacho.

—Hasta el momento, Betty, Joaquín y Lila se estarían salvando —dijo Emilia.

—Por el momento... —respondió su amigo—. Pero igual tuvieron la oportunidad de hacerlo.

—¿Estás listo para actuar? —preguntó ella, medio en serio medio en broma.

—Cálmate, aún no sabemos si estamos ante un asesinato o ante un simple accidente.

—Voto por un asesinato —dijo Emilia.

—Yo también.

—Entonces... comencemos por volver al lugar de los hechos —invitó la muchacha.

Capítulo Diez

ES UN ASESINATO, SEÑORES



Emilia y Diego cruzaron el puente colgante. El sol aún estaba alto y hacía brillar las aguas serpenteantes del río. Dejaron atrás los eucaliptos y se adentraron en el sendero rodeado de aromos. A unos dos metros del acantilado se encontraron con una barrera de cordeles que impedía el paso. Y, como si fuera un muñeco de resorte, surgió

de entre unas matas la cabeza de un guardia.

—Está prohibido circular por este sector.

—¿Ni siquiera mirar? —se desilusionó Emilia.

—Negativo.

—Pero... —trató de insistir la muchacha.

—Son órdenes, señorita, lo siento.

—¿Podría hablar con el señor Santelices? —pidió Emilia al divisar al inspector que, inclinado, examinaba el suelo al borde del precipicio.

—¡Negativo! Está ocupado.

Diego se encogió de hombros y tironeó a Emilia, para que volviera sobre sus pasos. Pero la muchacha se resistía y miraba hacia un lado y otro buscando un lugar libre de barreras para seguir avanzando. De pronto, a su

derecha, descubrió un pequeño claro entre un grupo de aromos y esta vez fue ella la que tironeó a Diego para que la siguiera.

—¿Dónde pretendes ir? —quiso saber Diego.

—¡Qué arbusto más lindo! —fue la respuesta de Emilia indicando un macizo verde y frondoso poblado de botones a punto de abrirse.

—Es un arrayán —comentó Diego—. Si encuentro una flor abierta, me das un beso.

Emilia rió y los dos se acercaron al arbusto.

—¡Aquí hay una! —exclamó Diego, cortando un botón.

—¡Tramposo, eso aún no es una flor!

—Así son las flores de arrayán —bromeó él, acercándose.

—Si yo encuentro una abierta, te doy un coscacho —amenazó Emilia, separando ramas. Y luego de una corta búsqueda, se escuchó su exclamación—: ¡Ven, Diego, mira!

—¡Encontraste una flor!

Emilia no respondió. Y luego de inclinarse hasta enterrar la cabeza en el arrayán, reapareció con la nariz rasmillada y en su mano unos anteojos oscuros con marco dorado en forma de antifaz.

—¡Los anteojos de doña Hortensia, Diego! ¡Esto es importante! Hay que mostrárselos al inspector.

Minutos después el inspector Eugenio Santelices separaba las ramas del arbusto, tal como lo había hecho antes Emilia. Luego siguió escarbando el terreno, levantando piedras y hoja secas. Inclinado, examinó palmo a palmo cada metro cuadrado del pequeño claro, hasta que de pronto se incorporó. En la mano sostenía una piedra del porte de un pomelo.

—Aquí hay sangre —dijo—. Tu hallazgo fue muy importante, jovencita.

—¿Sangre de la señora Hortensia? —se estremeció Emilia.

—Es probable, pero primero hay que analizarla.

—Señor Santelices, aún tengo algo que decirle —declaró abruptamente Emilia.

—¿Algo más? —respondió éste, con una sonrisa benevolente.

—Sí. Se trata de flores de aroma en los cabellos.

Y Emilia comenzó su relato. Cuando terminó, el inspector palmeó su hombro.

—Gracias —le dijo—. Ya sé por dónde empezar.

A las diez de la noche, Emilia y Diego esperaban en la puerta la llegada del Inspector. Apenas el jeep de Investigaciones se estacionó frente a la hostería, los muchachos corrieron a su encuentro.

—¿Y? —se impacientó Emilia.

—¿Están todos reunidos? —fue la respuesta de Santelices.

—Sí, en el bar, pero... ¿y?

—La sangre era de la muerta —dijo el inspector, caminando a grandes trancos hacia la hostería. Diego y Emilia lo siguieron pisándole los talones.

Segundos después, el inspector empujaba la puerta del bar y enfrentaba a veintidós ojos que lo miraban expectantes.

—Estamos ante un asesinato, señores —fueron las primeras palabras de Santelices.

Luego de un instante de silencio, los murmullos fueron elevándose hasta que Betty preguntó, con voz temblorosa:

—¿Y cómo puede estar tan seguro?

—Porque gracias a esta jovencita —el inspector indicó a Emilia—, que encontró los anteojos de la difunta

entre unas matas, pudimos comprobar que ésta había sido golpeada en ese lugar con una piedra en la nuca y luego arrastrada hasta el precipicio. En la autopsia se comprobó que la muerte había sido causada por un traumatismo encefalocráneo que le provocó una hemorragia cerebral. La data de muerte sería aproximadamente entre tres y cuatro de la tarde.

—¡Pero qué horror! —se escuchó la voz altisonante de Lila.

—Sí, señora, como todo crimen, es un horror. Y ahora les ruego que pasen uno a uno a la oficina de la administración.

—¿Todos? —se sorprendió Rafael—. ¡Yo soy su sobrino!

—Todos —fue la respuesta de Santelices—. Salvo un par de personas, todos ustedes tuvieron la oportunidad de estar en el acantilado y empujar a doña Hortensia.

—¿Y por qué dice eso? —se asustó doña Pepa.

—Tóquense las cabezas. Los que estuvieron en el camino de aromos que rodea el precipicio, descubrirán que aún tienen semillas enredadas en sus cabellos.

Nuevamente se hizo silencio y nadie osó levantar una mano para tocar sus cabellos.

—Bueno, estamos a sus órdenes —dijo entonces don Hernán, poniéndose de pie—. Si quiere, puede comenzar conmigo.

Los dos hombres salieron en dirección al pasillo que llevaba a la oficina de doña Hortensia.

Emilia los vio alejarse con el ceño arrugado.

—Te gustaría escuchar... ¿verdad? —adivinó Diego en un susurro.

—Sí, y yo sé cómo. ¡Sígueme!

Los dos jóvenes salieron de la hostería y corrieron, rodeando el jardín, hasta llegar a la enredadera de rosas que trepaba por la pared de la oficina de la muerta. Por suerte el tiempo era caluroso y las ventanas de la casona

que daban al jardín permanecían abiertas. Diego y Emilia se agazaparon entre las ramas y con sus cuerpos pegados al muro se concentraron en el diálogo que ya se había iniciado al interior de la habitación.

—La verdad, inspector, es que dormí una siesta de padre y señor mío... Usted sabe... el vino tino, la buena comida, el aire libre...

—¿Y recuerda de qué hora a qué hora durmió?

—No exactamente. No me ocupo del reloj cuando estoy en vacaciones. Pero lo que sí quisiera comentarle es que doña Hortensia fue dopada con una fuerte dosis de somníferos dos noches atrás: me tocó atenderla.

—¿Le robaron algo?

—Un portarretratos, según ella misma comentó.

—¿Ella sospechó de alguien?

—Sí, de Sara González... la señora que se llena de collares y pulseras. Esto lo sé por mi sobrina. Al parecer, es cleptómana.

—Una cleptómana que duerme a su víctima no me parece muy creíble. Por lo que tengo entendido, esta clase de enfermos jamás planifica su robo.

—Sí, a mí también me parece extraño.

—Bien, señor Martínez. Le agradezco mucho su colaboración y como usted comprenderá, le tengo que pedir que permanezca en la hostería por el momento.

—Por supuesto.

—¿Puede decir a su esposa que venga?

—Esto es terrible, inspector. Una jamás piensa que a estas alturas de la vida se va a ver envuelta en un crimen. Y lo peor es que con Hernán no supimos nada porque dormíamos como lirones. Cuando desperté todos estaban

ahí, menos el joven Rafael, su enfermera y los dos empleados. No lo digo para que sospeche de ellos, pero...

—¿Podría decirme algo acerca de doña Hortensia?

—Era toda una señora, ¡pero con un carácter! No me habría gustado trabajar a sus órdenes. ¡Claro que con una vida tan dura, es comprensible que se le haya agriado el genio! ¿Se da cuenta de lo que es el destino? Su hermana murió asesinada y ella también.

—¿Qué sabe usted del asesinato de su hermana?

—Lo que me leyó mi sobrina Emilia en un diario y corroboró luego doña Hortensia. Ocurrió hace dos años en Santiago y el crimen nunca fue resuelto. No le robaron nada y entre sus ropas fue encontrado un naipe con la dama de pic.

—¿La dama de pic?

—O la Dama Negra, si quiere...

—Señora, usted me ha dado una información muy importante.

—¿Sí?

—Sí. Entre la ropa de la señora Hortensia también fue encontrada una dama de pic.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir, señora, que seguramente la misma persona que cometió el primer asesinato, cometió también el segundo.

Afuera, Emilia y Diego se miraron sorprendidos.

Capítulo Once

SIGUE EL INTERROGATORIO



La voz de Joaquín resonó fuerte en la oficina.

—A las 3.10 en punto abandonamos el lugar con Betty. Lo sé porque quise comprobar la hora, pues la luminosidad en ese momento era perfecta para filmar una escena que tengo contemplada en mi película. Cuando nos fuimos estaban todos

en sus sillas o bajo los árboles durmiendo.

—¿A dónde se dirigieron, señor Benetti?

—Primero fuimos hacia el acantilado, luego nos internamos en el bosque de eucaliptos. Dimos algunas vueltas y regresamos. Estábamos eligiendo locaciones para la filmación.

—¿A qué hora volvieron?

—Una media hora después.

—¿Estaba la señora Hortensia en el lugar?

—Prácticamente no había nadie, salvo los Martínez y su sobrina que dormían profundamente. Nosotros, entonces, los imitamos.

—Dígame, ¿desde cuándo conocía usted a la dueña de la hostería?

—La conocí el año pasado, cuando vine a pasar un par de días de vacaciones. En ese momento quedé encantado con el lugar e inmediatamente pensé en una película. ¿Usted sabe que yo soy cineasta?

—Sí, claro. Pero lo que me interesa es su relación con doña Hortensia.

—Puramente formal. Era una señora muy educada. ¡Me daba mucha lástima su problema con la vista!

—¿Ella le habló alguna vez de la muerte de su hermana?

—Alguien lo mencionó alguna vez, pero no fue ella.

—Muchas gracias, señor Benetti.

—Señorita Betty, ¿podría decirme lo que hizo hoy, luego del almuerzo?

—Traté de dormir, pero no pude. Entonces le propuse a Joaquín —que tampoco dormía— que fuéramos a dar una vuelta al bosque. Teníamos que determinar lugares para la película.

—¿A dónde fueron primero?

—Al acantilado. Tenía que vencer mi pavor a la altura. Allí es donde alguien me tiene que empu... ¡Huy, qué horror! ¡Qué coincidencia! ¿Me creerá que en el libreto me empujan en el mismo lugar en que murió la pobre Hortensia?

—Y después...

—Después nos fuimos al bosque de eucaliptos. Ahí...

—¿Qué sucedió ahí, señora?

—No, nada... es que ahí tuvimos una pequeña discusión y mi novio me dejó sola. Me quedé unos diez minutos sentada sobre un tronco, tranquilizándome, y cuando me disponía a regresar llegó nuevamente Joaquín que venía a buscarme.

—¿Y después?

—Regresamos a la zona de picnic.

—¿Quiénes estaban ahí?

—No me acuerdo mucho, yo soy un poco distraída. A ver... parece que los Martínez y... la niña esa, Emilia.

—La última pregunta, señorita Betty. ¿Desde cuándo conocía usted a la señora Rodríguez?

—¿Quién es la señora Rodríguez? ¡Ah! Hortensia. Solamente este año.

—¿Usted no había venido antes a la hostería?

—No, Joaquín vino solo el año pasado.

Emilia, tras la ventana, notó el endurecimiento en la voz de la actriz.

—Primero que todo quiero decirle que siento mucho lo de su tía.

—Gracias.

—¿Me puede decir qué hizo usted entre tres y tres y media de la tarde?

—¡No estará usted pensando...!

—Calma, Rafael. Yo no pienso nada, sólo quiero esclarecer el crimen. Esta pregunta se la tengo que hacer a todos por igual.

—...

—¿Sí?

—Dormí.

—¿Todo el tiempo?

—No. Cuando me desperté no estaban mi tía, Teresa, Humberto y Adelina. Tampoco Joaquín y Betty.

—¿Y qué hizo usted?

—Supuse que mi tía estaba por ahí con Teresa y fui a juntarme con ellas.

—¿Para qué?

—¿Eso importa?

—Todo importa.

—Mi tía había despedido a Teresa. Me imaginé que ella estaría convenciéndola de que no lo hiciera, cosa que yo no quería que sucediera.

—¿Y por qué usted quería que la despidiera?

—No la soporto.

—¿Y su tía la despidió porque usted no la soporta?

—A ella tampoco le caía bien. Siempre la estaba regañando.

—Parece que su tía no se llevaba muy bien con la servidumbre.

—Ella era muy perfeccionista y exigente. También había despedido a Adelina.

—¿Por ineficiente?

—Algo así, pregúntele a ella.

—Volvamos a cuando se fue en busca de su tía y de Teresa. ¿Dónde estuvo? ¿Las encontró?

—Conduje mi silla hasta donde me fue posible, por el camino de aromos. No vi a nadie y me devolví dando una vuelta por el bosque. Cuando llegué estaban todos, más el recién llegado, ese tal Diego.

—O sea, que usted no volvió hasta las tres y media.

—Más o menos. No es muy rápido manejar una silla de ruedas por la tierra, ¿sabe?

—¿Desde cuándo trabaja como enfermera al servicio de la señora Rodríguez?

—Un año y dos meses.

—¿Estaba contenta con su trabajo?

—Relativamente, Rafael no es un muchacho muy fácil.

—¿Y con doña Hortensia?

—Bueno..., ella tampoco era fácil.

—¿Y por qué seguía con ellos?

—Necesitaba vivir.

—¿Es verdad que doña Hortensia la acababa de despedir?

—¿Quién le dijo eso?

—Eso no importa.

—Sí. Me acababa de despedir.

—¿Y por qué?

—Porque era una neurótica. Esa señora nunca iba a encontrar alguien a su gusto.

—Veo que usted no la quería mucho.

—En realidad, no. ¡Pero eso no significa que yo la maté!

—Yo no la estoy acusando de nada, señorita. Y para terminar, dígame lo que hizo entre las 3 y las 3.30 de la tarde.

—Estaban todos durmiendo. Eran las 3.12 exactos. Yo miré la hora porque a las cuatro tenía que darle un remedio a Rafael. Doña Hortensia no acostumbra dormir siesta y me pidió que la acompañara a caminar: quería conversar conmigo. Me dio la impresión en ese momento de que se había arrepentido de haberme despedido.

—Y fueron hacia el acantilado...

—Era más fácil para ella caminar en el sendero de los aromos que en un bosque lleno de troncos y ramas caídas.

—¿Estaba arrepentida de haberla despedido?

—Por el contrario, me empezó a insultar.

—¿Y usted qué hizo?

—Bueno, uno no puede aceptar que la traten tan mal. Me enfurecí y me alejé de ella. Pero a los pocos minutos, cuando iba llegando al puente, me arrepentí de haberla dejado sola y regresé. Pero ya no estaba en el sendero. Me asusté mucho, porque usted sabe que ella era casi ciega, y me puse a buscarla. Entonces la escuché conversar con alguien; me tranquilicé y rápidamente di media vuelta.

—¿Con quién conversaba y dónde?

—No sé, sólo escuché la voz de la señora Hortensia. Le hablaba a alguien, pero supongo que estaban tras unos matorrales porque no vi a nadie en el sendero.

—¿Y escuchó lo que decía?

—No, sólo reconocí el tono seco de su voz.

—Una última pregunta, señorita Teresa. ¿Le gusta mucho jugar a los naipes?

—Me gusta sacar solitarios.

—¿Y el juego de la Dama Negra?

—Lo acabo de aprender este verano.

—¿Quién se lo enseñó?

—Uno de los pasajeros..., ¡la verdad es que no me acuerdo quién!

—¿Usted fue la que propuso jugar a la Dama Negra, señora Lila?

—No, fue Sara.

—¿Y usted sabía ese juego?

—Lo había jugado hace muchos años, pero lo conocía con otro nombre: Chiflota. Casi no me acordaba.

—¿Qué hizo esta tarde, entre tres y tres y media?

—Dormí hasta las tres y cuarto, hora en que me despertaron unas voces lejanas que parecían discutir.

—¿Miró la hora?

—Exactamente, inspector. Cuando una se despierta quiere saber cuánto tiempo durmió.

—¿Se acuerda quiénes estaban en el lugar en ese momento?

—Los Martínez, Emilia y Sara.

—¿Y qué hizo usted entonces?

—Me dirigí al lugar de donde provenían las voces.

—¿Por qué?

—Llámelo curiosidad, inspector.

—¿Y satisfizo su curiosidad?

—Allí me encontré con Hortensia y Teresa, caminando del brazo.

—¿Dónde allí?

—En el sendero de aromos que lleva al acantilado.

—¿Discutían aún?

—Ya no. No quise ser intrusa y me devolví.

—¿Cuánto rato calcula que se demoró entre ir y volver?

—No sé, unos cinco minutos...

—¿No volvió a mirar la hora?

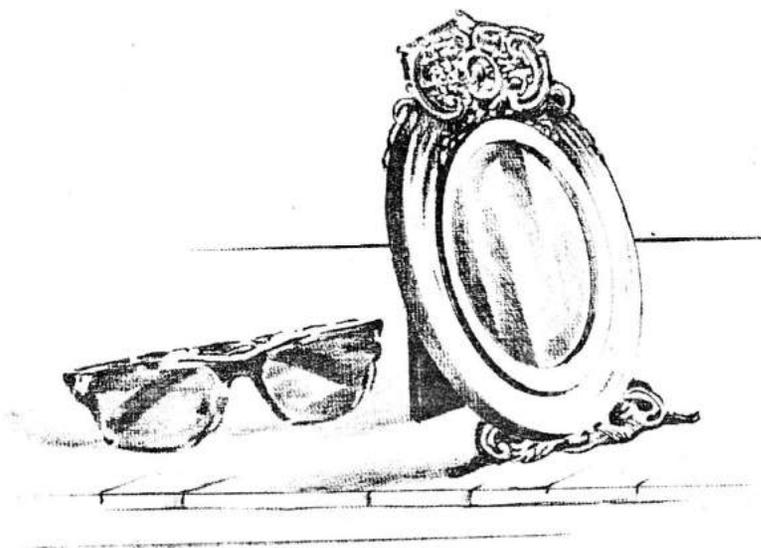
—No.

—¿Regresó directamente al lugar del picnic?

—Sí.

—¿Estaban los mismos que había dejado?

—Sí. Se me olvidaba decirle que al regreso, en el camino de aromos, me encontré con Sara, andaba en busca de Hortensia. Yo le dije que estaba paseando con Teresa y ella entonces decidió volver conmigo.



Capítulo Doce

EL ENIGMA NO SE ACLARA



—¿Estás muy cansada? —susurró Diego a Emilia.

—No. Esto es apasionante. ¿Te das cuenta? Aunque me duelen un poco las rodillas...

—¡Shhh! Parece que entró alguien.

—Buenas tardes. No tiene por qué estar tan nerviosa. Esto será solamente una conversación, señora. ¡Siéntese!

—Seguramente le han contado muchas cosas de mí...

—Todos me han contado cosas de todos, señora Sara. Por el momento a mí me interesa saber lo que usted hizo entre tres y tres y media.

—Después de almuerzo me puse a dormir, como todos, y me desperté...

—¿A qué hora?

—No sé, no miré la hora, pero pienso que eran más de las tres. Me encontré con la sorpresa de que todas las sillas estaban vacías, excepto las de los Martínez. También estaba la sobrina, durmiendo en el suelo. Me imaginé que

el resto estaría caminando por los alrededores y me alejé del lugar, esperando encontrarme con... con... con alguien.

—¿Con quién, exactamente?

—No se imagine que...

—No me imagino nada, señora...

—Es que quería hablar con la señora Hortensia, por un problemita que habíamos tenido...

—¿Problemita?

—Bueno, yo me imagino que ya usted estará al tanto.

—Algo sé. De unos robos...

—Sí. Y la señora Hortensia quería contárselo a mi hijo.

—Usted le había robado un portarretratos, ¿no?

—Se lo juro, inspector, que yo no le robé eso.

—¿Y tampoco la drogó?

—¡Pero cómo se le ocurre, inspector!

—Si deja de llorar, señora, vamos a entendernos mejor. Cuénteme de su paseo luego de su siesta.

—Caminé hacia el sendero de aromos, por si encontraba a la señora Hortensia.

—¿Y por qué hacia allá?

—No sé, me imagino que seguí un impulso.

—¿Y la encontró?

—No, pero me encontré con Lila, que me dijo que Hortensia estaba paseando con Teresa.

—¿Y usted qué hizo?

—Me devolví con Lila.

—¿Y por qué? ¿No había ido en busca de la señora Rodríguez? ¿Esperaba acaso encontrarla sola, sabiendo que era casi ciega?

—Sola no. Pero tampoco con Teresa. Esa enfermera es tan fría. Creo que yo no le gusto. Preferí acercarme a Hortensia en otra oportunidad.

—Señora Sara, la última pregunta. ¿Es usted quien propuso a los pasajeros el juego de la Dama Negra?

—¿La que se los propuso? Sí, la que se los propuso fui yo. Se me ocurrió luego de una conversación que sostuvimos con Lila haciendo recuerdos de los juegos de la infancia.

—Señorita Adelina, séquese esas lágrimas, que no me la voy a comer.

—Es que..., es que han pasado tantas cosas. Ha sido un día tremendo para mí: justo la señora me había despedido y justo ahora está muerta, ¡igual me quedé sin trabajo! Capaz que el caballero Humberto quiera cerrar la hostería. Nadie va querer venir más a un lugar donde acriminaron a su dueña y ande el alma penando por ahí.

—¿Por qué piensa usted que don Humberto va a cerrar la hostería?

—Porque él era casi dueño. La señora hacía todo lo que él decía, por eso cuando ella me despidió, yo recurrí a él. Pero no alcanzó a ayudarme. A esas alturas, ella era finada. ¡Pobre, señora! ¡Harto mal me trataba, pero nadie merece morir así, sin alguien que le cierre los ojos!

—Dígame, Adelina, ¿qué hizo usted entre las tres y las tres y media?

—Bueno, cuando terminamos de ordenar le pedí al caballero Humberto que me ayudara con lo del despido. Él me convidó a caminar, pero casi enseguida me acordé de que no había cambiado las toallas y que a la señora le iba a dar un ataque de rabia; entonces me fui corriendo a la hostería.

—¿Vio a alguien en la hostería?

—Sí. A la señorita Teresa, que llegó un poquito después que yo. Venía bien colorada y yo le pregunté que si se sentía mal. Ni me contestó y se dirigió a su habitación.

—Mire inspector, antes de que comience a interrogarme, hay varias cosas que le quiero contar. Primero, debo decirle que yo pensaba dejar este trabajo a fin de mes. Y segundo, que mi relación con la muerta era estrictamente de orden profesional, aunque ella no lo consideraba así.

—Ustedes eran socios, tengo entendido.

—Sí, y yo estaba dispuesto a vender mi parte para terminar con este negocio.

—¿No les iba bien?

—Sí, pero ella había invadido mi vida privada.

—¿Tanto como para desear irse, don Humberto?

—Así es. Yo estoy a punto de casarme y ella me estaba haciendo la vida imposible.

—¿Usted sabe quién dopó a la señora Hortensia?

—Hasta llegué a pensar que lo había hecho ella misma para llamar mi atención. Pero Hortensia..., digo la señora Hortensia, no era de ese tipo de mujer. No... no me puedo imaginar quién lo habrá hecho. Ella culpaba a doña Sara, la que robó el portarretratos con la fotografía de sus dos hermanas.

—¿Qué hizo usted entre las 3 y las 3.30?

—Cuando todos se quedaron dormidos, Adelina me contó llorando que Hortensia la había despedido. Ella quería que yo intercediera. Para calmarla, le propuse dar un paseo. Ibamos caminando bajo los aromos, cuando ella de pronto se acordó de que no había cambiado las toallas de los cuartos. Partió corriendo. Me fumé un cigarrillo y después la seguí a la hostería.

—¿Se fijó en la hora?

—Cuando terminamos de recoger las cosas y nos fuimos a caminar, eran casi las 3. Luego no volví a mirar el reloj hasta que les llevé el café, a las tres cuarenta y cinco. Estaban todos reunidos y se había incorporado al grupo el amigo de la señorita Emilia. Las únicas que faltaban eran Teresa y Hortensia.

—Gracias, Humberto, ¿podría decirle a la señorita Emilia que venga?

—Parece que hubieras corrido la maratón, Emilia —la saludó el inspector—. Además, veo que no sólo tienes flores de aromos entre tus cabellos, sino que además pétalos de rosas...

Emilia se sintió enrojecer.

—Tengo algo que confesarle, inspector.

—Sí. Que estuviste escuchando todo el rato tras la ventana.

—¿Y cómo...? —Emilia abrió mucho los ojos.

—Por algo soy detective —habló Santelices, serio—. ¡Y tú, joven —agregó, gritando hacia la ventana—, entra si quieres!

El rostro de Diego apareció entre los rosales, lleno de confusión. A los dos minutos, ya estaba dentro de la oficina.

—La verdad es que escuchar tras la ventana me parece muy mal. Lo que ustedes hicieron es una intromisión en el secreto de un sumario y hasta los puedo hacer detener.

Diego y Emilia se miraron con susto.

—Pero como me han ayudado, haré una excepción, siempre que no se vuelva a repetir lo que han hecho.

—¿Me quiere preguntar algo, inspector?

—Más bien quiero preguntarle a tu amigo. Cuando tú llegaste al lugar del picnic, ¿recuerdas qué hora era?

—Sí. Las tres y media.

—Y a esa hora ya todos habían regresado... excepto Teresa, a quien tú viste en la hostería al llegar. Por lo tanto... la señora Hortensia murió entre tres y tres y media. Y todos, salvo tus tíos y tú, Emilia, abandonaron

por un momento su siesta y tuvieron la oportunidad de matarla.

—Incluso Betty y Joaquín, que por haber estado juntos podrían tener coartada, en un momento se separaron... —opinó Emilia.

—Veo que eres muy perspicaz, jovencita —sonrió el inspector, dando un bostezo—. Lo que hay que averiguar ahora son los motivos que podía tener cada uno para matarla. Algunos, son evidentes... ¿no?

—Lógico inspector. Sara, por ejemplo, para que su hijo no supiera que ella era una ladrona —comenzó Emilia—, y Teresa, para que su patrona no diera a conocer un pasado poco limpio.

—¿Cómo así? —saltó el inspector, espantando su mordorra.

—Confieso que hace dos días escuché... ¡pero sin proponérmelo, inspector!, una conversación entre Teresa y Joaquín, donde ella le decía que la señora Hortensia la extorsionaba económica y moralmente.

—¿Y en qué circunstancias se lo decía a Joaquín? —quiso saber Santelices.

—En el bosque. La verdad es que, al parecer, están enamorados... —Emilia alzó las cejas, complicada—. Y Betty es la que financia las películas de su novio, por eso él no puede terminar con ella.

—¡Vaya, vaya! Bueno, sigamos... —dijo el inspector—. Esto se está poniendo interesante.

—El otro que tendría razones para haber hecho desaparecer a esa señora es Humberto —comentó Diego.

—Eso lo sé —gruñó el inspector—. ¿Y qué me dicen de Rafael?

—¡Pero si es el sobrino! —se escandalizó Emilia.

—Muy sobrino será, pero tú me contaste que él tenía muy presente lo de la herencia —opinó Diego.

—Sí, pero él no... no creo... —comentó Emilia.

—No veo por qué lo defiendes tanto... —replicó Diego.

—No lo definiendo, sólo digo lo que creo... —dijo

Emilia.

El inspector escuchaba atentamente.

—Y Betty, ¿qué les parece? —preguntó el inspector, cambiando de tema.

—Betty, aparentemente no tendría motivos... —dijo Emilia.

—Pero sí oportunidad. Por lo tanto, no la puedo descartar, al igual que Lila —acotó Santelices—. Y, aunque no me imagino a la pobre Adelina empujando a su patrona por el precipicio, uno nunca sabe cómo reaccionan ciertas personas cuando son humilladas.

—No sé si voy a poder dormir —dijo Emilia—. ¡Tengo tantas preguntas en mi cabeza! ¿Quién dopó a la señora Hortensia? ¿Dónde está la foto del portarretratos que Sara insiste en no haber robado? ¿Por qué se repitió el crimen en dos hermanas con las mismas características?

—Las dos primeras preguntas, yo también me las hago. En cuanto a la tercera, no quiero hacer juicios antes de averiguar algo.

—¿Algo como qué? —quiso saber Emilia.

—¡Yo creo que es hora de que todos nos vayamos a dormir! —fue la respuesta del inspector, que se puso de pie para despedir a los muchachos.

Capítulo Trece

INCURSIONES NOCTURNAS



Emilia se daba vueltas de un lado a otro sin poder conciliar el sueño. El silencio en la hostería la molestaba y cuando ya no soportó más se levantó, decidida a buscar a Diego. Conociendo a su amigo como lo conocía, estaba segura de que él también estaba despierto. Caminó por el pasillo en puntas de pie y se detuvo frente a la habitación 12, justo al lado de la pequeña salita entre los dos corredores. Emilia dio un golpe suave y en el instante en que Diego abría, otra puerta se abrió también, con un ligero chirriar de goznes. Sin pensarlo un instante, Emilia empujó a Diego hacia atrás y, rápida y silenciosa como un gato, cruzó el umbral y cerró.

—¡Shhhh! —fue su única advertencia.

Afuera, unos pasos se acercaban con sigilo. Esperaron con la oreja tras la madera y luego que éstos pasaran frente a ellos, Diego abrió con cuidado y los dos asomaron la cabeza: Teresa, en bata de levantarse, caminaba de espaldas a ellos, hacia el otro pasillo. En un momento se detuvo frente a una puerta —que Emilia calculó que debía ser la de Lila— y a los pocos minutos entraba al cuarto.

Emilia y Diego se miraron y, sin decirse nada, supieron qué hacer. Se aseguraron de que el pasillo estaba otra vez desierto y se encaminaron hacia el cuarto de Lila. Y allí, tal cómo lo habían hecho bajo la enredadera de rosas, se dispusieron a escuchar en silencio.

Efectivamente Teresa había entrado a la pieza de Lila. Las voces de las mujeres se escuchaban alteradas, pero ninguno de los dos muchachos alcanzaba a captar lo que decían. De pronto, una frase suelta se escuchó con claridad.

—¡Recibirás lo acordado en el momento justo...!

—Qué extraño lo que está diciendo Lila —susurró Emilia.

—¿No será Teresa? —respondió Diego, acercando más la oreja a la puerta.

—No. A Teresa la distingo bien.

Emilia se dispuso a seguir escuchando pero se sintió arrastrada por su amigo hacia la salita que dividía el pasillo y luego empujada tras el sillón.

Justo a tiempo, porque Teresa salió del cuarto y caminó de regreso a su dormitorio.

Cuando escucharon cerrarse la puerta y se preparaban para salir de su escondite, unos nuevos pasos los hicieron inclinar la cabeza. Los sorprendió un súbito aumento en la luz del pasillo. Después de unos segundos los muchachos se atrevieron a mirar y vieron a Humberto, que ya dejaba la salita y se alejaba por el pasillo. Cerca del cuarto de Sara, el mayordomo se detuvo y volvió a encender una bombilla tan solo con un giro de su mano. Siguió hasta el final del pasillo y desapareció tras la puerta que daba al patio.

—¿Sabes? Me dio hambre. ¿Vamos al bar? Siempre hay galletas saladas sobre el mesón —dijo Emilia.

—¡Golosa!

—No tienes para qué comer tú —dijo Emilia. Y caminó hacia el final del pasillo, donde se abría la puerta que daba a la fuente de los leones.

Las rosas blancas, las enredaderas de jazmín y los arbustos de ilang ilang parecían dar el color claro a la noche. Sus aromas se mezclaban al de los eucaliptos lejanos en un festín para el olfato. Se deslizaron como una sombra más hacia las puertas batientes del bar a oscuras. Emilia se acercó al mesón y oprimió el botón de una lamparita de sobremesa.

—Con o sin doña Hortensia, esta hostería sigue funcionando como reloj —advirtió Diego al ver a través de las puertas abiertas hacia el comedor las tazas del desayuno brillando sobre las mesas en medio de la penumbra.

—Y aquí están las papitas saladas del aperitivo —siguió Emilia, haciendo crujir varias en su boca.

—¿Qué podrían estar conversando Teresa y Lila? —preguntó Diego.

—Me dio la impresión de que hablaban de dinero. ¿A ti no?

—Sí, pero igual es extraño, a esta hora de la noche.

—Además, nunca me parecieron especialmente amigas —dijo Emilia.

—¿Quieres jugar a la Dama Negra? —ofreció Diego, al ver los naipes sobre el bar.

—¡No seas macabro! —se estremeció Emilia. Sin embargo, quedó mirando el mazo y se acercó a cogerlo. Extendió el mazo sobre la cubierta y exclamó—: ¡Faltan las dos damas de pic! —Y mirando muy seria a Diego, vaticinó—: Estoy segura de que va a haber otra muerte.

—¡No anuncies más tragedias, por favor! De lo que yo estoy seguro es que necesitas dormir: ya son las dos de la mañana.

Emilia, con las ideas confusas, se dejó llevar por Diego de vuelta a su habitación. Cruzaban el patio cuando se abrió una puerta y apareció Adelina, en camisa de dormir y descalza. Se detuvo un momento para mirar hacia los lados y cuando los vio corrió hacia ellos. Tenía

los ojos abiertos como si hubiera visto un fantasma y se estremecía sin control.

—¡Señorita, señorita! ¡La escuché, le juro que la escuché!

—¿A quién, Adelina? —trató de calmarla Emilia, cogiéndola por un brazo.

—A la finada. ¡Desde su ventana, que está frente a la del cuarto de servicio, salió un quejido de muerte!

—Cálmese, quizás tuvo una pesadilla.

—No. Si yo estaba despierta. Con tanta cosa que ha pasado una ya no puede ni dormir pensando. Me puse a mirar por la ventana y entonces la escuché clarito: "Ahhhhhhh" se quejó doña Hortensia desde su habitación. Mañana mismo me mando a cambiar de aquí.

Y la mujer se abrazaba a Diego en busca de protección.

—Tranquila, Adelina, tranquila... A lo mejor usted escuchó el grito de una lechuza. —Diego le palmoteó la espalda.

—¡Lechuza! ¡Como si una no conociera el grito de las lechuzas! Yo sé que ustedes no me creen, pero estoy segura de que la señorita Teresa, que tiene su pieza al lado de la finada, también la oyó. Mañana mismo le voy a preguntar, y delante de ustedes.

La mucama les lanzó una mirada de desconsuelo y regresó a su habitación encogida como una niña.

Abrieron la puerta que conducía a los dormitorios sin hablar una sola palabra. A Emilia le extrañó que nuevamente el pasillo tuviera varias ampollitas apagadas. Iba a comentárselo a Diego, pero en ese instante la rubia Betty salía de la pieza de Teresa y se perdía por el pasillo en dirección a su dormitorio.

—Parece que ésta es la noche de las visitas —dijo Diego.

—Y debe haber sido una visita difícil. Betty se hace la tranquila, pero yo creo que es muy celosa y que no tiene nada de tonta. ¡Seguro que le fue a pedir explicaciones!

—Buenas noches, sabelotodo. Andate a dormir, mira que si ahora son tus tíos los que salen a caminar, no les va a hacer mucha gracia encontrarnos conversando en pijama a esta hora.

—Buenas noches, simpático. ¿No me vas a dar un beso?

Diego puso cara de seductor, acercó su rostro al de ella y cuando Emilia cerraba los ojos, sintió un fruncido beso en la punta de la nariz.

—¡Tú te lo pierdes! —dijo, enojada. Y partió a su dormitorio.

Diego, con una sonrisa entre los labios, se dirigió al suyo.

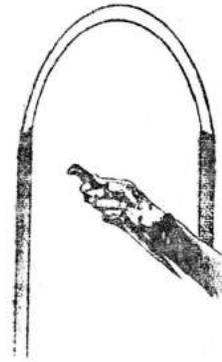
Cuando Emilia estaba a punto de entrar en su habitación, un ruido la detuvo. Miró hacia el pasillo en penumbras y vio a Sara, con su larga bata de levantarse floreada y con velos, a punto de entrar a su dormitorio. Al escuchar a Emilia, la mujer le hizo un saludo agitando su mano en el aire.

"Realmente es la noche de los insomnes", se dijo Emilia, dando un bostezo.

Se acostó y antes de dormirse pensó que Sara había abandonado sus pulseras de la suerte, ya que no había escuchado sus tintineos cuando ésta la saludó.

Capítulo Catorce

UN NUEVO CRIMEN



—¡Ayyyy, virgencita, ayúdame! ¡Está muerta, está muerta!

Aunque eran las ocho de la mañana las puertas de las habitaciones se fueron abriendo una tras otra. Emilia fue la primera en asomarse y se encontró a boca de jarro con Adelina que se tapaba la cara con el delantal y daba vueltas en redondo, sin decidirse a avanzar o a retroceder. De pronto, la muchacha dejó de girar y cayó al suelo con estrépito.

—¡Tío Hernáaan! —gritó Emilia.

El doctor Martínez salió envuelto en una bata de toalla y con sus cabellos en desorden. Se arrodilló junto a la mucama y luego de tomarle el pulso, dictaminó:

—Creo que está bajo los efectos de un shock de histeria. Que alguien me ayude a llevarla a la cama.

Entre Diego y el inspector, que ya estaban en el lugar, trasladaron a la mujer hasta la cama de Emilia. Cuando el doctor levantaba uno de los párpados de Adelina para comprobar el estado de su pupila, ésta abrió los ojos enormes y musitó:

—Tiene sangre... la mataron con el cuchillo que falta en la cocina. Fue el fantasma de la señora, yo sé...

—¿Quién tiene sangre? —el inspector preguntó, como si estuviera en pleno interrogatorio.

—Ellaaaa... ¡yo la viiiii! —Adelina comenzó a gritar, a dar vueltas los ojos en sus órbitas mientras su cuerpo se tensaba y daba saltos sobre la cama.

¡Plaf! sonó la mano del inspector sobre la mejilla de la histérica.

Ella inmediatamente dejó sus contorsiones y gritos y quedó mirando fijo a los que ahí estaban.

—Perdón, doctor, sé que habría sido mejor un sedante, pero esto fue más rápido. —Y sin esperar respuesta se inclinó sobre Adelina y la urgió:

—Dime, muchacha, quién está con sangre.

—La... señorita Teresa... en su cama... todo con sangre... me había pedido que la despertara temprano y...

—¡Vamos! —el inspector miró al médico y los dos hombres salieron casi corriendo, seguidos por Emilia que les indicaba cuál era la pieza de la enfermera.

—Espera aquí, no entres —dijo el doctor, cuando abrieron la puerta.

Pero Emilia y Diego —que estaba junto a ella— alcanzaron a ver a Teresa tendida boca arriba en la cama, con un cuchillo enterrado en la mitad del pecho. La sangre cubría su camisión y las sábanas.

La puerta se cerró en las narices de los dos muchachos. Emilia se afirmó contra la pared, impactada con lo que había visto.

—¿Qué pasó, qué pasó?

Emilia no supo si las preguntas venían de tía Pepa, con su rostro lleno de crema; o de Sara, que tenía la cabeza cubierta de rizados; o de Humberto, con un pijama amarillo; o de Joaquín, con una bata de seda negra y pálido como un fantasma. La muchacha sentía que le faltaba el aire.

Diego respondió por ella:

—Creo que Teresa está muerta.

Emilia respiró hondo y en forma instintiva miró a Joaquín: el hombre estaba con la boca abierta y su barbilla temblaba fuera de control.

Pepa y Sara, afirmadas una con la otra, permanecían en total silencio.

—Me voy a vestir —se escuchó decir a Humberto. Pero no alcanzó a irse cuando se abrió la puerta y aparecieron Santelices y el doctor Martínez.

—Otro homicidio de la Dama Negra —declaró el inspector—. Quiero verlos a todos en quince minutos más en el bar. Humberto, encárguese de avisarles a los que no están aquí.

—¿De la Dama Negra? —preguntó Diego.

—Sí, había otra vez un naípe junto al cadáver.

Emilia y Diego se miraron.

Un cuarto de hora más tarde los pasajeros estaban reunidos en el bar. Algunos todavía tenían puestas sus ropas de dormir y otros parecían haberse vestido en forma apresurada. El único impecable era Humberto, que incluso parecía recién afeitado.

—¿Están todos? —preguntó el inspector.

Se miraron unos a otros.

—¡Falta Lila! —exclamó Sara, que con un ruido de pulseras alisaba una y otra vez el cordón de su bata de levantarse floreada—. ¡Qué raro, porque Lila es muy ma-
drugadora!

—Yo iré por ella —dijo Humberto.

Apenas el mayordomo salió del bar, Emilia miró a su alrededor con curiosidad. Santelices estudiaba atentamente a los que estaban allí y escribía en una libreta negra. Trató de imaginarse lo que éste anotaba. Observó a cada uno. Betty temblaba ligeramente, y su cara, sin maquillaje, le daba un aspecto de enferma. A su lado, Joaquín, des-

peinado y aún en bata, mantenía su actitud de estar en otro mundo. Rafael, sentado muy derecho en su silla de ruedas, fijaba sus ojos en las líneas azules del chal que cubría sus piernas. Emilia habría dado cualquier cosa por conocer los pensamientos del muchacho. En un lapso de horas, primero la tía, luego su enfermera. ¿Se sentiría liberado o terriblemente solo? Adelina era un bulto tembloroso ovillado en una silla. “¡Pobres tíos, tanto que planearon sus vacaciones!”, pensó Emilia, mirando a los Martínez que sentados juntos se mantenían de la mano.

Se abrió la puerta batiente y Humberto anunció con voz grave:

—La señora Lila no se despierta. Creo que está dopada.

—¡Otra más! —exclamó don Hernán, desde el otro extremo de la sala.

—Sí. Como no respondía a mi llamado, entré a su pieza y ahí estaba...

—¿No estará muerta también? —chilló Adelina, levantándose de su silla y dejándose caer nuevamente.

—Por favor, señores, tranquilidad. Espérenme aquí —ordenó el inspector, al ver que todos se habían puesto de pie.

—¡Pero cómo puede pedimos tranquilidad, inspector! —se alteró Humberto, dejando por primera vez de lado su papel de mayordomo—. Son demasiadas las cosas extrañas que están ocurriendo acá y no puede dejarnos al margen de ellas.

—Puedo dejarlos al margen en beneficio de la investigación. Le propongo, Humberto, que ofrezca desayuno mientras yo investigo.

Las voces se alzaron en comentarios y críticas. Pero el inspector hizo caso omiso de los murmullos y salió del bar, seguido del doctor y de Emilia y Diego que trataron de hacerse invisibles.

Lila dormía con una respiración ruidosa y Emilia se acercó a la cama, tal como lo había hecho cuando entró a mirar a doña Hortensia.

—A un lado, niñita —dijo el inspector.

Emilia, ofendida, hizo un gesto a Diego y se alejaron, pero no hacia la puerta, sino que hacia la cómoda, al otro extremo del cuarto. Mientras su tío examinaba a Lila, y el inspector olía un vaso con restos de leche que había en el velador, Emilia se entretenía en mirar los potes con crema y los frasquitos de perfume sobre la cómoda. La primera vez que entró a ese dormitorio habría jurado que todos esos cosméticos eran de Sara y no de Lila. Pero al parecer, Lila era también una mujer vanidosa. Lo que no estaba era ese hermoso espejito con mango de marfil que tanto le había llamado la atención cuando buscaba los objetos robados.

—Emilia: ¿Podrías ver si en el botiquín del baño hay pastillas para dormir? —dijo don Hernán, al ver que el inspector terminaba de revisar el velador sin encontrar nada.

Emilia obedeció de inmediato. Pero en el botiquín sólo había pasta de dientes, un cepillo y un paquete de algodón.

Diego, en su afán de ayudar, miraba hacia todos lados y de pronto recorrió la cortina del baño. En el fondo de la tina había un pequeño maletín de cuero para cosméticos.

—Ábrelo —dijo Emilia.

Diego tironeó de la chapa hasta que ésta se abrió con un crujido.

—Creo que estaba con llave y la rompí —dijo, asustado.

—No importa —lo tranquilizó Emilia—. ¿Hay algún frasco con píldoras para dormir?

—A ver... mira tú, mejor.

Emilia fue descartando rápidamente una tira de analgésicos, tres curitas, aguja e hilo para coser, un aerosol repelente de insectos, un jabón envuelto en celofán y una toallita de papel.

—¡No valía la pena haber roto la chapa! —refunfuñó Diego—. Y capaz que piense que también le rompí el forro —agregó, metiendo el dedo por el género descosido a un costado del maletín—. ¿Sabes, Emilia? —cuchicheó entonces—. ¡Aquí hay algo!

A los dos segundos Diego sacaba al aire una foto.

—¡Dámela! —se la arrebató Emilia. Y luego de ver el tamaño de la foto y mirar a las tres jóvenes que allí aparecían, recordó de inmediato el portarretratos vacío robado a doña Hortensia.

—¡No tengo todavía claro el porqué, pero esto es importante! —exclamó.

—¿Encontraste algo, Emilia? —se oyó la voz de don Hernán.

—Sí, es decir, no.

El inspector apareció en el baño y Emilia, instintivamente, guardó la foto en el bolsillo de su buzo de dormir.

—Se rompió la chapa —tartamudeó Diego—, pero no había remedios para dormir.

Cuando salieron del baño, el inspector dijo:

—Haré analizar este resto de leche, que debe contener algún somnífero. ¿Supo, finalmente, doctor, con qué habían dopado a la señora Hortensia?

—Pudo haber sido cualquier somnífero. La verdad es que no alcanzamos a preocuparnos de eso —dijo el doctor.

—Al parecer la reunión general se tendrá que postergar hasta que esta señora se despierte y hable. Mientras tanto, me ocuparé de otros detalles.

Emilia pensó que ella haría lo mismo.

—Me iré a duchar, nos vemos después —avisó Diego a su amiga.

—Yo iré a buscar a Rafael —le contestó ella.

—¿Para qué? —se extrañó el muchacho.

—Para pedirle una llave.



Capítulo Quince

EL ROBO DE LAS JOYAS



—¡Hola!

—Hola.

—Mira lo que encontré —dijo Emilia, sacando de su bolsillo la fotografía.

—¿A quién le sirve eso ahora? —murmuró Rafael.

—No sé..., por algo la escondieron.

—¿Y dónde la encontraste?

—En el forro de un estuche de cosméticos de doña Lila.

—¿De doña Lila?

—Sí, aunque eso no quiere decir nada, porque alguien la puede haber puesto allí.

—Me da lo mismo —dijo Rafael.

—Rafael, entiendo que te sientas así. Pero tú me puedes ayudar a resolver el crimen de tu tía. Si alguien quiso esconder esta foto es porque no quería que la encontraran. Y ese alguien tiene que ver con la muerte de tu tía, y de la hermana de tu tía. Acuérdate que las dos tenían la Dama Negra encima.

—Y Teresa también —recordó Rafael, desabrido—. Y no era hermana de mi tía.

—Si Teresa hubiera sido la tercera hermana de tu tía, esto sería como una *vendetta* de la mafia —dijo Emilia, pensativa—. Pero como no es así...

—En esta foto están las tres hermanas muertas —dijo Rafael, trágico.

—Si es que la tercera está muerta.

—Me es igual —volvió a abatirse Rafael—. Nunca pensé que quería tanto a mi tía.

—Por eso mismo tienes que ayudarme. Mira, ¿no te recuerda a alguien esta mujer? —y Emilia indicó en la foto a una joven de mirada de pájaro.

—Sí, en la pieza de la tía hay una foto del papá de ella. Son iguales.

—Pero también es igual a alguien que yo he visto y no me puedo acordar —insistió Emilia, con desesperación—. ¿Sabes, Rafael? Tengo que entrar de nuevo a la pieza de tu tía y mirar esa foto.

—Quieres que te consiga la llave, ¿no? —preguntó Rafael, con una sonrisa triste.

Emilia afirmó con la cabeza.

Rafael accionó el mecanismo que movía su silla y la muchacha lo siguió.

Emilia caminaba por el pasillo de los dormitorios con la llave en su bolsillo, cuando tropezó con Adelina, el inspector y el tío que caminaban casi corriendo.

—¿Qué pasa, tío? —Emilia lo detuvo para preguntar.

—Despertó doña Lila —susurró el doctor.

Emilia los siguió en silencio.

Cuando pasaba frente a la habitación de Diego, Emilia dio unos golpes apresurados en la puerta. Un vaho de colonia y jabón precedieron al muchacho, que salió de inmediato. Con sólo un gesto, Emilia le hizo saber que debía unirse a la comitiva.

Cuando llegaron al cuarto de Lila ésta se encontraba sentada en una silla, pálida y ojerosa, envuelta en la bata acolchada de color celeste que Emilia había visto tras la puerta del baño. La mujer, no bien vio al inspector, comenzó a despotricar con una voz chillona.

—¡No sólo me doparon, inspector, sino que me robaron mi anillo de brillantes, mi collar de perlas y mis aros finos! Es un atropello a mi persona y a mi intimidad.

—¿Y dónde tenía sus joyas, señora?

—En mi maletín de cosméticos. Y además, destruyeron mi precioso maletín. ¡Esto no puede ser! Exijo que usted, señor Santelices, revise ahora mismo las habitaciones de los otros huéspedes.

—¿Y cómo sabe usted, señora, que fue un huésped el que la robó?

—Huésped, empleado, me da lo mismo. ¡He sido despojada, drogada, hasta pudieron matarme! ¿Y quién responde por mi vida? Yo vine aquí a pasar una semana tranquila y me veo envuelta en un asesinato y ahora esto. ¿Para qué sirve su presencia en la hostería si en sus narices se cometen estas barbaridades?

Santelices dio un suspiro tan hondo, que pareció que se los iba a tragar a todos.

La señora Lila, sentada muy tiesa en la silla, trataba de mantener un aspecto digno, que contrarrestaba con sus ojeras violáceas y un gesto de ira mal contenida en su rostro.

—Señora —continuó el inspector—, entiendo que esté alterada, pero le ruego que tenga un poco de paciencia. Debo anunciarle que se ha cometido otro asesinato.

—¿A quién mataron? —preguntó, cerrando los ojos para escuchar la respuesta.

—A Teresa, la enfermera —contestó Santelices.

—¿Y cómo? Anoche vino a mi cuarto a pedirme algo para leer porque estaba con insomnio. ¡Esto es terrible! ¿Cómo me iba a imaginar? —Lila comenzó a sollozar.

El inspector se quedó pensativo.

—¿Por casualidad, alguien más la visitó anoche, señora Lila?

—Sí, Sara, para conversar un rato antes de dormir, como acostumbrábamos cuando dormíamos juntas.

—¿A qué hora fue todo esto, señora?

—Temprano, cerca de medianoche.

—¿Debo suponer que usted no acostumbra tomar somníferos, entonces? —quiso saber el inspector.

—Solamente leche. Quiero que le quede claro que yo he sido drogada, igual que Hortensia.

—¿Y quién más entró a su cuarto anoche, aparte de Teresa y Sara?

—Bueno, Adelina, supongo, como todas las noches, a abrir las camas.

—¿Y quién le trajo el vaso de leche?

—Yo misma lo fui a buscar a la cocina, para no molestar.

—¿Recuerda alguna otra cosa que haya sucedido anoche y que le haya llamado la atención, señora?

—¿Usted me está preguntando si sospecho de alguien? —quiso saber la mujer, a la defensiva.

—No exactamente, pero si además sospecha de alguien...

—Yo no me atrevería a acusar a nadie de algo tan grave. Ese es su trabajo, inspector —el tono de Lila fue duro.

—Gracias, señora Lila. Buscaremos sus joyas —terminó el inspector.

—Tome un café, si no le cae mal, y mucho líquido —recomendó el doctor.

—La llamaré cuando sea necesario. Que descanse —dijo Santelices antes de que todos abandonaran la habitación.

Lila no respondió. Temblorosa sobre su silla, miraba por la ventana sin expresión ninguna.

—Inspector, a Diego y a mí nos gustaría conversar con usted —se apuró Emilia, apenas salieron de la habitación de Lila.

—¿Es algo importante, Emilia? Mira que tengo mucho que hacer, como comprenderás.

—Muy importante, inspector, con Diego vimos a mucha gente anoche, entre las doce y las dos de la mañana, caminando por el pasillo de los dormitorios y también en el jardín.

—¿Y qué hacían en pie a esa hora? —El inspector la miró con curiosidad.

—No podíamos dormir.

—¿Y a quién vieron? —El inspector comenzaba a interesarse.

—Primero, Teresa entró a la habitación de Lila. Después, Betty entró a la habitación de Teresa. Después Sara...

—¿Saben, muchachos? Vamos a seguir esta conversación a mi oficina.

Minutos más tarde, los jóvenes daban al inspector Santelices detalles de su incursión nocturna. La muchacha explicaba con claridad y calma y todo lo que decía era corroborado por Diego. Habló de Humberto, atornillando ampolletas, de Adelina llorando en el patio y repitió otra vez y paso a paso sus movimientos y encuentros. Lo único que Diego no pudo corroborar del recuento de Emilia fue haber visto a Sara entrando a su cuarto, pues él ya se había separado de su amiga.

El inspector se rascaba la cabeza, después la frente y luego el cuello. Cuando Emilia terminó, el hombre dijo:

—Quédense aquí, pues ustedes son los testigos. Haré entrar de a uno a los sospechosos.

Capítulo Dieciséis

EMILIA DESCUBRE ALGO



La primera en entrar fue Betty. De nuevo maquillada y vestida, era la glamorosa actriz que todos conocían. Se sentó frente al inspector y sonrió a Diego. Luego miró a Santelices y esperó en silencio.

—Señora, ¿qué fue usted a hacer anoche al dormitorio de Teresa?

La actriz perdió toda compostura, sus piernas cuidadosamente cruzadas comenzaron a temblar y se llevó las manos al rostro.

—Pero si yo no...

—Señora, sabemos que es cierto. Por lo tanto, le conviene decir la verdad.

—Es que no me van a creer, inspector. —Los ojos de la actriz se habían llenado de lágrimas que comenzaban a dejar un camino negro sobre las mejillas.

Emilia y Diego esperaban rígidos sobre sus asientos. El inspector jugueteaba con un lápiz, sin perder de vista ni un ademán de la mujer. Esta, al fin, comenzó a hablar.

—Anoche... ¡es que son cosas tan privadas, inspector! ¡Y no tengo por qué hablar frente a este par de niños!

—Cuando hay un asesinato de por medio, nada es privado, señora. Además, Emilia y Diego concuerdan en haberla visto entrar al dormitorio de Teresa. Son testigos presenciales —agregó muy serio.

Betty respiró hondo, como aceptando su derrota.

—Anoche no podía conciliar el sueño y fui a la habitación de Joaquín. Llamé y, como no me contestaba, entré. Dormía profundamente. Iba a salir pero en ese momento, soñando, llamó varias veces a esa... a esa... a Teresa. Yo sabía que había algo entre ellos. Aunque conociendo a Joaquín, que siempre se entusiasma con las mujeres pero luego se aburre y vuelve a mí, traté de controlar mis celos y esperé con paciencia. Pero esto se alargaba demasiado y decidí enfrentar a esa mujer. El escucharlo hablar dormido fue demasiado y me decidí. Salí del cuarto y... me encaminé hacia el dormitorio de Teresa...

—Y la mató, ¿no?

Un largo sollozo impidió a la mujer hablar. El inspector esperó.

—Sé que no me va a creer, pero cuando llegué a su dormitorio, ni siquiera tuve que golpear porque la puerta estaba junta y la luz encendida. Me pareció extraño. Empujé y entré. ¡Y la vi, inspector, con el cuchillo enterrado en el pecho, y la sangre, y todo...!

—Y usted no hizo nada.

—¿Y qué quería que hiciera?

—Avisar, por ejemplo.

—Joaquín sabía que yo la odiaba y, enamorado como estaba, no habría creído en mi inocencia. Claro que dio lo mismo, porque ahora también me acusa.

Y la mujer comenzó a llorar en una forma que inspiraba compasión.

Cuando se retiró, Emilia le preguntó al inspector:

—¿Le cree, señor Santelices?

—En principio yo no le creo a nadie hasta que no haya demostrado su inocencia. En todo caso, no hay que olvidar de que ella es una actriz.

Luego entró Sara. Comenzó jurando que ella había dormido toda la noche y que no había abandonado su habitación.

—Qué curioso, señora, porque la vieron entrar a su cuarto a las dos de la mañana. Además, doña Lila dice que usted la visitó para conversar.

Sara se demudó.

—Inspector... yo se lo juro...

—Señora Sara, usted hasta me saludó —interrumpió tímidamente Emilia.

—¡Eso no es verdad, chiquilla intrusa y mentirosa! ¿Pero, de qué me quieren culpar? ¡Esto es una pesadilla!

—Creo que mentir no la va a ayudar en nada, señora —el inspector habló en un tono seco.

—Insisto, yo, como siempre, tomé mis gotitas de valeriana que me hacen dormir profundamente. ¡Dios, mío! ¿Por qué no me creen? Y además, parece que me equivoqué... no entiendo...y tomé demasiadas porque miren... —y metió la mano en su bolsillo, para mostrar un frasquito casi vacío—. Yo lo tenía casi lleno y esta mañana... ¡no entiendo! Miren...

Y Sara miraba a uno y otro con desesperación.

—¿Podría dejarme su frasquito, señora? —pidió el inspector.

—Sí, sí, claro.

Sara salió secándose algunas lágrimas.

—Podríamos estar en presencia de otra buena actriz —dijo el inspector.

Emilia estaba muy confundida y tomó la mano de Diego para serenarse.

La entrevista con Humberto fue corta. Él sólo dijo que Adelina, antes de acostarse, como de costumbre lo

había puesto al tanto de los pequeños detalles del funcionamiento de la hostería: había que comprar harina, se había perdido el cuchillo de carne preferido de la cocinera y había algunas ampolletas apagadas en el pasillo de los dormitorios.

—Antes de dormirme, me acordé y me levanté para revisarlas.

—¿Las cambió?

—No. Me bastó con afirmarlas, sólo estaban sueltas. Pero debe haber un problema, porque esta mañana me encontré con que las mismas de nuevo se habían aflojado.

—¿Qué me dicen? —preguntó el inspector una vez que el mayordomo hubo salido.

—Lo mismo que le dijimos al comienzo: es lo que vimos que hacía.

Por último entró Adelina, que no agregó nada nuevo a su discurso. Estaba segura de que el fantasma de su patrona se encargaba de hacer fechorías.

—Es que ella era una persona tan dura con la gente, que su alma va a tener que penar mucho antes de descansar —gimoteó la camarera, mirando con pánico el escritorio de su antigua patrona.

Cuando abandonó el recinto, el inspector se echó hacia atrás en su sillón y comentó:

—Aún nos queda mucho trabajo. Por el momento, revisaré las habitaciones de los huéspedes. Hay que encontrar las joyas de la señora Lila.

—Lo que yo no me puedo explicar es cómo encaja la muerte de Teresa en todo esto —dijo Emilia, pensativa.

El inspector Santelices contempló el rostro de Emilia en silencio. De pronto dijo:

—Necesito ayuda, pues mis hombres están ocupados: los envié al laboratorio y a otras averiguaciones. Diego, acompáñame a revisar los cuartos de los huéspedes.

—Perfecto —dijo Emilia, disimulando su malestar por no ser invitada—. Yo también tengo algunas cosas que hacer.

Cuando Emilia se separó de Diego y del inspector, lo primero que hizo fue buscar a Rafael para que le diera la llave del dormitorio de doña Hortensia. Minutos después, con ella en la mano, se encaminó sigilosa hacia el dormitorio de la muerta. No vio a nadie en los pasillos y se introdujo en el cuarto. La cama estaba estirada como si la acabaran de hacer y la habitación se veía en perfecto orden. Sacó la fotografía de su bolsillo, miró una vez más el rostro de las tres muchachas y se acercó a la cómoda. Allí, sobre los mantelitos de encaje y batista estaban los portarretratos que ya conocía. Incluso estaba el que se había robado Sara y que ella había recuperado. Aunque ya sabía que la fotografía encajaba perfectamente en ese marco vacío, quiso comprobarlo. Efectivamente era así. Miró nuevamente la fotografía del señor con bigotes y mirada de pájaro y la comparó con la que tenía en su mano. Una de las tres jovencitas que allí aparecía tenía los mismos ojos juntos, de mirada penetrante, que el que debía ser su padre. Cogió entonces la fotografía del grupo familiar en la playa, donde tres niñas posaban en la arena con su padre. Miró detenidamente el rostro de cada una de las pequeñas, pero sólo apreció tres rostros infantiles con rasgos no definidos. Seguramente eran las tres hermanas, en sus primeros años de vida. Impaciente y nerviosa, sacó la fotografía del marco y miró el reverso: Concón, Playa Amarilla, 1944. Hortensia, Rosa y Violeta Rodríguez Lazcano. Eran las tres hermanas y las tres tenían nombre de flores. Miró de nuevo las fotografías de las hermanas ya grandes. Le pareció... sí, ¡estaba segura!

La de la izquierda era Hortensia: el mismo rostro de pómulos pronunciados, boca de largas comisuras dibujadas y anteojos. A la segunda muchacha no la reconocía, pero la tercera, una joven menuda y de larga nariz y con unos ojos que... ¿dónde, dónde había visto esos ojos, iguales a los del hombre de bigotes? De pronto, Emilia controló una exclamación y quedó con la vista fija en la fotografía de las tres hermanas.

—¡No puede ser! ¡Ya sé dónde he visto esos ojos!

Una breve carrera desde la puerta entreabierta alertó a Emilia. Quiso darse vuelta, pero un inesperado golpe en la cabeza la hizo ver todo negro.



Capítulo Diecisiete

EL RECUENTO DE SANTELICES



Cuando despertó estaba tendida en la cama de doña Hortensia y Diego se inclinaba sobre ella.

—¿Qué me pasó? —preguntó Emilia, sobándose la nuca.

—Creo que trataron de matarte. Llegué justo a tiempo. La persona que te golpeó escapó por ahí cuando escuchó mis pasos. —Diego indicó la ventana, que ahora se abría al jardín—. Rafael me dijo que estabas aquí. Venía a contarte que encontramos las joyas de doña Lila en el cuarto de Sara. ¿Cómo te sientes?

—Eso da lo mismo. ¿Viste salir a quién me pegó?

—No.

—Diego, descubrí algo que lo cambia todo.

—Ahora lo que importa eres tú. Dime, ¿no sientes náuseas? ¿Qué te pasa, Emilia? —se asustó Diego—. ¿Por qué me miras así?

—Diego, la hermana menor de doña Hortensia está aquí. Creo que sé quién asesinó a todas esas mujeres y quién me pegó en la cabeza.

Por tercera vez en dos días el inspector Santelices los reunía a todos en el bar. Con él estaba su ayudante. Emilia y Diego llegaron a último momento. La muchacha, algo pálida, se sentó junto a su amigo, alejada del resto. Rafael le hizo una seña con las cejas y ella sólo afirmó con la cabeza.

Betty estaba vestida de negro y sus labios pintados de rojo daban la nota disonante en su luto de media tarde. Joaquín, sentado junto a ella, mantenía una actitud distante.

Sara parecía una niña llorosa. A cada instante llevaba un pañuelo a sus ojos y el tintín de sus pulseras llenaba la habitación.

Doña Pepa y don Hernán evitaban hablar con los demás y observaban a todos en silencio.

Lila aún mostraba en su rostro los efectos del somnífero y sus párpados caían a ratos, como si le pesaran.

Rafael, sentado junto a Adelina, dejaba que la muchacha acomodara su manta sobre las piernas.

Humberto, de pie tras el bar, parecía presto a servir lo que alguien le pidiera.

El inspector comenzó a hablar.

—Primero que todo, quiero volver a poner en claro que cualquiera de ustedes pudo haber asesinado tanto a doña Hortensia, como a la enfermera. Si en este momento el culpable confiesa, su pena será rebajada, según lo estipula la ley. Si no es así, tendrá que atenerse a las consecuencias del resultado de mi investigación.

El inspector miró a su público. Nadie se movió. El silencio era aún mayor que cuando anunció la muerte de Teresa.

—Como ustedes bien deben saber, un asesinato, la mayoría de las veces, tiene como móvil el dinero. Considerando lo anteriormente dicho, se me autorizó a abrir el testamento en presencia de un notario. El heredero directo y forzoso es su hijo adoptivo Rafael Hermosilla. Sin



embargo, hay una cláusula que especifica que una cantidad considerable de dinero correspondería a Violeta Rodríguez, hermana menor de la víctima, en el caso de que ésta esté viva y aparezca dentro de un plazo estipulado por la ley. Al respecto, hice averiguaciones, y tenemos antecedentes que nos hacen pensar que ella está viva y dentro del país. Por otra parte, en su cuarta de libre disposición, Hortensia Rodríguez deja una suma importante de dinero a sus empleados Humberto Fuentealba y Adelina González.

Un rumor de voces se levantó en el bar y el grito de Adelina precedió a su segundo desmayo.

—No era tan mala después de todo —comentó doña Pepa, en voz más alta de lo que ella hubiera querido, pues su esposo la miró con expresión de reproche.

Rafael permanecía tranquilo, como si el saber que era dueño de una fortuna no fuera una revelación para él.

Un par de sorbos de un licor fuerte, servidos por Humberto, bastaron para que Adelina volviera a la realidad y siguiera el relato de los hechos con los ojos muy abiertos y expresión aledada.

—Con respecto al caso de la señora Lila, aquí presente, que fue dormida contra su voluntad, debo informarles que se usó una alta dosis de valeriana. Según el doctor Martínez, es probable que el mismo somnífero fuera usado con doña Hortensia, pues los síntomas de ambas mujeres eran idénticos. En los dos casos, al parecer, el móvil fue el robo. Por otra parte, la señora Sara Faúndez ha confesado que usa valeriana para dormir, por lo que siempre tiene tal medicamento en su poder.

—¡Sí pero...! —la interrupción de Sara fue un grito de angustia.

—No me interrumpa, señora. Estamos en antecedentes, además, de que usted ha cometido pequeños robos entre los pasajeros. Esta vez el robo fue más grande: a la

señora Lila le robaron sus joyas y éstas fueron encontradas en su dormitorio. En el suyo, señora Sara. Por lo tanto, por el momento, tenemos contra usted una acusación de robo con premeditación.

La acusada dio un grito y se puso de pie frente a todos, con las manos extendidas, como si estuviera poseída por una fuerza superior.

—¡Me humillo ante ustedes para decirles que he cometido robos! Pero nunca he querido dañar a nadie. Lo que me sucede es algo que no puedo controlar. A veces un pequeño objeto, aunque sea un cenicero, quedaba grabado en mi mente y no puedo quedarme tranquila hasta que lo obtengo. ¡Pero nunca he robado joyas de tanto valor! Jamás, ¡lo juro por mi hijo!, he cometido violencia en alguien para obtener lo que quería.

—¿Ni siquiera obligando a dormir más de la cuenta? —interrumpió Lila con voz sarcástica.

—¡Ni siquiera eso! Lila, no he tocado tus joyas ni te he drogado. ¡Si eres mi amiga!

Lila, con los párpados aún hinchados por el sueño, no le contestó y desvió la mirada.

—¡Yo no he hecho nada! ¡Yo no he hecho nada! —Y la mujer buscó entre su auditorio a alguien que la acogiera en su desesperación. La mano de doña Pepa se posó en su hombro y bastó ese leve indicio de comprensión, para que Sara se dejara caer en sus brazos con un llanto desesperado.

—Estando claro el asunto del robo, quiero volver a los crímenes. —La voz del inspector sonaba fría e impersonal—. Curiosamente, en ambas muertes, la Dama de Pic estaba junto a los cadáveres, como estuvo, por primera vez, junto al cadáver de la hermana mayor de la señora Hortensia, hace dos años. De esto se deduce que los tres crímenes están relacionados entre sí. Ahora bien, es posible que el móvil del asesino fuera la fortuna de las hermanas

Rodríguez. Como se podrán dar cuenta, la muerte de Teresa no calza, aparentemente, con los otros dos crímenes.

—¿No habrá sido Teresa la tercera hermana desaparecida? —preguntó Betty, súbitamente inspirada—. Tal vez el asesino no quería que hubiera más herederos.

—¡Entonces, quiere decir que el asesino soy yo! —saltó Rafael, con una vehemencia que sobresaltó al propio inspector.

—¡Yo no quise decir eso! —exclamó Betty.

—¡No te das cuenta de que él está atado a una silla de ruedas! —la increpó Joaquín, con rabia.

—En realidad, nadie mejor que tú para saber si esa tal Teresa era o no la hermana de la muerta. ¡Pregúntele a él, inspector! Él la conocía muy bien..., ¡demasiado bien! —respondió Betty, presa de una ira súbita e incontrolada.

—¡Y tú.. tú... la odiabas con toda tu hipócrita alma de mosquita muerta! —gritó el cineasta con el rostro descompuesto. Luego el hombre escondió la cara entre sus manos.

—¡Dios santo! —exclamó doña Pepa, que aún sostenía a Sara entre sus brazos.

—¡Calma, señores! —exclamó el inspector, pidiendo silencio con sus manos en alto.

En ese momento Emilia se puso de pie.

—Inspector, yo quisiera decir algo.

—No es el momento, Emilia.

—Creo que es justo el momento, inspector, porque...

—En otro momento Emilia, por favor, no insistas.

Entonces Diego intervino por primera vez:

—Inspector Santelices, ella sabe quién es el asesino y el asesino sabe que ella lo sabe. Y solamente hace unos minutos trató de matarla. Gracias a Dios que llegué a tiempo. Si Emilia no había ahora mismo, será la tercera víctima.

Ahora el turno de gritar fue de la tía Pepa.

Capítulo Dieciocho

LA TERCERA HERMANA



Emilia, ahora instalada entre el inspector y Diego, enfrentó los rostros incrédulos y expectantes de los que estaban frente a ella.

—Inspector, primero que todo no quiero que piense que me estoy metiendo en un terreno que no me corresponde, pero las circunstancias me han llevado a enterarme de ciertas cosas que, a primera vista, parecían sin importancia pero que, al unirlas, me llevaron tras la pista del asesino.

“Cuando desapareció el portarretratos de la señora Hortensia, todos pensamos que era un robo más de Sara y no quisimos oír sus descargos. Pero yo siempre, y por pura curiosidad, me pregunté dónde habría quedado la fotografía. Luego, frente al crimen de doña Hortensia, olvidé ese detalle. Más tarde, la noche en que mataron a Teresa, con Diego no podíamos dormir y decidimos hacer una excursión al bar en busca de algo para comer o beber. Y ahí, en el camino, nos encontramos con mucha gente: Teresa, entrando a la habitación de Lila y sosteniendo una conversación de la que alcanzamos a escuchar

algunas frases; luego, Humberto, revisando las ampollitas que misteriosamente se habían soltado a lo largo del pasillo; Adelina, escuchando gritos de ánimas, y Sara, entrando a su propio dormitorio. De todos esos encuentros fijé en mi mente algunos detalles que llamaron mi atención y que unidos a otros detalles comprobados los días anteriores hicieron que las piezas del rompecabezas se unieran para darme una idea acerca del asesino. Pero esta idea tenía que ser verificada con pruebas. Fue así como llegué a entrar al cuarto de la señora Hortensia en busca de la comprobación de mi teoría. Pero el asesino, que ya a esas alturas seguramente sospechaba de mi descubrimiento, me siguió y trató de matarme. Si no es por Diego, no estaría contando el cuento. —Y Emilia tocó su cabeza adolorida.

—¿Y por qué no me lo dijiste? —preguntó Santelices, alarmado.

—Porque todo esto sucedió hace una hora, inspector. Usted estaba ocupado en ese momento y yo aproveché para encerrarme en mi cuarto con Diego, que me ayudó a atar cabos.

Emilia miró a Diego y éste la alentó con una sonrisa.

—Sigue —dijo entonces el inspector.

—Cuando por primera vez entré al dormitorio de la señora Hortensia —el día que ella fue drogada— miré las fotografías que había sobre su cómoda y por los parecidos deduje quiénes eran los padres. Había una fotografía con tres niñas en la playa. El padre de doña Hortensia tenía una mirada que me recordó la de alguien. Cuando más tarde encontré la fotografía que faltaba en el portarretratos robado, vi que era la foto de tres jovencitas, entre las cuales reconocí a la señora Hortensia. Como doña Hortensia había dicho que la foto desaparecida era el último recuerdo de su hermana asesinada, deduje que una de las otras era la hermana desaparecida. Y justamente esa hermana tenía la misma mirada de pájaro rapaz de su padre,

esa mirada que me había recordado a alguien que aún no podía precisar. Llevada por un impulso, saqué del portarretratos la fotografía de las tres hermanas cuando pequeñas. Atrás aparecían sus nombres: Hortensia, Margarita y Violeta Rodríguez Lazcano. Entonces vino a mi mente el recuerdo de algo que hasta el momento no había considerado: las iniciales V.R.L. en el mango de un espejo muy bonito, que me había llamado la atención. Fue en ese momento cuando recibí el golpe en la cabeza. Pero yo ya había logrado despejar mi incógnita y recordé quién era la persona que tenía la misma mirada del padre de Hortensia, o sea, de su propio padre.

—¡Yo conozco ese espejo, estaba en la pieza de las señoras cuando dormían juntas! —chilló Adelina, señalando a Lila y Sara.

Las aludidas se miraron la una a la otra con recelo.

—Sigue, Emilia —insistió Santelices, muy serio.

—A la persona que me golpeó en la cabeza no le costó mucho huir por el ventanal cuando escuchó los pasos de Diego. Luego, una vez en mi habitación, me serené lo suficiente como para seguir aclarando mis pensamientos. ¡Ya sabía que la hermana menor de doña Hortensia estaba en la hostería! En un principio me confundí, porque la mujer de la fotografía era muy narigona y la persona que yo creía hermana de Hortensia, tenía una nariz pequeña. Pero entonces recordé una conversación, que me llevó a darme cuenta de que esa mujer había cambiado su rostro por medio de la cirugía. Por otra parte, el espejo con iniciales V.R.L. me confirmaron que Violeta Rodríguez Lazcano era su dueña. Era de suponer que Violeta, además de su nariz, había cambiado su nombre y su voz. ¿Por qué su voz? Porque era lo único que doña Hortensia, casi ciega, podría haber reconocido de una mujer con el rostro cambiado. ¿Y por qué no quería ser reconocida por su hermana? Porque quería matarla.

Por otra parte, me pregunté a cuál nombre me habría cambiado yo, si me hubiera llamado Violeta. Y me respondí que, seguramente al de otra flor. —La muchacha hizo una pausa algo teatral—. ¿No es así, señora Lila?

Lila se levantó tambaleante y se quedó mirando a Emilia, con los ojos extraviados.

—¡Inspector! ¿Cómo acepta usted que una niña intrusa y malcriada venga a contar historias infamantes delante de sus narices? ¿Cómo permite usted que esta chiquilla insolente lo sobrepase en sus atribuciones? ¡Esto no tiene nombre! —La voz de Lila subía y bajaba, sin encontrar su tono.

—Señora, no se preocupe de eso, porque si usted no es Violeta Rodríguez, sus huellas digitales le darán la razón y esta niña tendrá que dar explicaciones. Pero si Emilia tiene razón, será usted la que tendrá mucho que explicar.

—¿Entonces ella también mató a la hermana de mi tía? —preguntó Rafael, incrédulo.

—La mano de la asesina es la misma: una Dama Negra lo confirma —le respondió Humberto.

—¿Y Teresa? —saltó entonces Joaquín.

—¡A Teresa la mató Betty! —gritó Lila, fuera de sí—. ¿Es que no se dan cuenta que la odiaba?

Joaquín se incorporó de su silla y se quedó mirando a su novia con los labios apretados. Súbitamente su rostro enrojció.

—¡Confiesa, Betty! —gritó en medio de un sollozo.

Betty abrió mucho los ojos y se quedó impávida, con la boca semiabierta, respirando con dificultad y la mirada fija en la nada, como si hubiera perdido la razón. Joaquín, preso de un temblor, se derrumbó nuevamente en su asiento y volvió a esconder su rostro entre las manos.

Emilia retomó la palabra:

—Pudo haber sido Betty, pudo haber sido Sara, pudo haber sido Humberto, pudo haber sido Adelina... ¡Todos anduvieron esa noche deambulando por el pasillo!

—¡Salvo Lila, que estuvo drogada! —dijo doña Pepa, buscando aprobación en los ojos de su marido.

—Nuevamente un detalle perdió a la impostora —siguió Emilia—: cuando Sara iba entrando a su cuarto esa noche, me hizo un saludo demasiado efusivo con la mano. Evidentemente que esa persona quería ser reconocida por mí. Iba entrando a la pieza de Sara y llevaba puesta la bata floreada de Sara. Pero lo que olvidó esa persona es que Sara usa pulseras y que no se las saca ni para dormir según sus propias palabras. Por otro lado, esa persona era mucho más baja que Sara; me llamó la atención que su bata arrastrara por el suelo como una cola de novia. Evidentemente, la que usaba la bata de Sara y quería ser reconocida como Sara no era otra sino... usted, señora Lila.

—¡Ahora sí que estás loca! —rió Lila—. ¿Me podrías explicar cómo le saqué la bata a Sara y cómo entré a su pieza sin que ella se despertara? ¿Y para que hice todo eso? Los asesinatos, hijita, no se prueban jugando al detective e inventando sucesos disparatados. —Y Lila, cambiando su ironía en furia, se dirigió al inspector—. ¿Y usted va a seguir permitiendo este atropello?

Pero Santelices, ahora sentado en una silla, había adoptado la actitud de silencioso espectador y no contestó al requerimiento de la mujer.

Emilia siguió:

—Usted, señora Lila, tuvo la mala suerte de que yo escuchara cuando ofreció ayudar a Sara con sus maletas para cambiarse de habitación. No le recordó su bata de levantarse que estaba tras la puerta del baño o tal vez la escondió.

—¿Esconder la bata? —se burló Lila—. ¿Y para qué?

—¿Para qué? —intervino Diego—. Porque la necesitaba esa noche para deambular por los pasillos, oscurecidos por su propia mano al soltar las lámparas, con otra apariencia por si alguien la veía.

—Usted sabía que Sara dormía como una roca —retomó Emilia—, porque tomaba valeriana antes de acostarse, por lo tanto no le fue difícil entrar a su cuarto sin que ella se enterara. Además, ya se había preocupado de robarle la llave; quizás cuando la ayudó a cambiarse de habitación.

—¡Sí, sí! Yo esa noche no pude cerrar mi puerta porque no encontré la llave. Y como este hotel no tiene cerrojos por dentro...

—Me lo imaginaba —siguió Emilia—. Y también me imagino que esa noche usted hizo tres viajes: uno, a buscar el frasco con somnífero para ponerlo en su propio vaso de leche; otro, a matar a Teresa, y el tercero, a devolver el frasco de valeriana, la bata y sus joyas para desviar la atención y acusar a Sara. Luego, tomó la leche y se durmió a sí misma. Algo parecido había hecho ya con la señora Hortensia: la drogó con la valeriana de Sara, le robó el portarretratos, lo dejó junto a los objetos ya robados por Sara, que le sirvieron bastante, ¿no?, y luego escondió la foto en que usted podía ser reconocida, pese a que entonces tenía la nariz larga, en el forro de su maletín de cosméticos. Uno se puede cambiar el color del cabello y el largo de nariz, pero no la mirada: usted sabía que sus ojos tan juntos y su mirada de aguilucho la podían delatar.

—¡Está loca! —la risa de Lila sonó estruendosa.

—Usted no se rió de esa manera cuando Teresa la chantajeó, señora. Porque la conversación que yo escuché entre ustedes dos me dio la clave: Teresa le pedía dinero. ¿Y por qué le podía Teresa pedir dinero a usted? Obviamente porque ella la había visto matar a Hortensia: fue la única que tuvo oportunidad de hacerlo. Y usted no podía permitirse el lujo de tener un testigo, aunque éste le jurara callar por dinero. El día del picnic, Teresa dejó a doña Hortensia luego de una discusión. Así, cuando usted llegó, Hortensia estaba sola y con la fuerza que usted tiene en

los brazos, no le costó mucho darle un golpe en la cabeza y luego arrastrarla hacia el precipicio. Pero sucedió que Teresa, arrepentida de haber dejado sola a una ciega, regresó, y ahí fue cuando la vio a usted en pleno crimen. Claro que ella, en vez de acusarla, decidió callar para sacar provecho de la situación.

—¡Ja! ¿Y también robé la llave del cuarto de Teresa, señorita Imaginación?

—No. No fue necesario. Teresa misma le abrió la puerta, pues usted le debe haber dicho que necesitaba hablar con ella. Y luego de abrirle, ella debe haber vuelto a su cama y usted, con la fuerza que tiene y tomándola por sorpresa, no tuvo muchos problemas para reducirla.

—¡Y pensar que cuando yo escuché el grito creí que era la finada! —se escuchó la voz trémula de Adelina.

—¡Pobre, Teresa! No sabía que a un asesino no se le puede chantajear. ¿No es así, señora Lila? —terminó Diego. Todos los ojos estaban puestos en Lila.

La mujer, con el rostro crispado, miró a los allí reunidos. Sus pupilas se detuvieron frente a la figura del inspector que permanecía impassible. Abrió la boca para hablar, pero de pronto su mandíbula comenzó a moverse sin control. Quedó muy quieta. En la sala no se oían ni las respiraciones cuando su voz muy suave, como la de una niña pequeña a punto de llorar, empezó a decir:

—Siempre las prefirió a ellas. Siempre dijo que yo al nacer había llevado a mi madre a la tumba. Mi padre siempre me odió por eso. Yo lo quería, pero él me decía "la Damita Negra"; y no era una broma, porque me lo decía con rabia, nunca con risa. A ellas les puso sobrenombres lindos, como muñequita de oro, como princesita de seda, pero yo sólo era la Dama Negra, la odiosa Dama Negra —aunque a veces me dijera damita—, la de la mala suerte, la que hace perder a los jugadores. Él nos enseñó a jugar y yo odiaba a esa mujer de naipes, como las

odiaba a ellas, a mis hermanas, sus regalonas. Yo me juré, de pequeña, vengarme algún día de mis hermanas. Ellas eran duras, odiosas, seguras de sí mismas; y él las admiraba. Ahora mi papá me tiene solamente a mí: ahora me tiene que querer. Papito, papito, ahora me tienes sólo a mí y me vas a tener que querer.

Hablaba moviéndose en la silla al compás de sus palabras. Miraba hacia el techo y extendía sus manos, como frente a una visión. De pronto se quedó en silencio y miró a Emilia. Entonces se levantó de un salto y se abalanzó hacia la muchacha.

—¡Cuidado! —gritó el inspector.

Pero ya Diego había corrido hacia la mujer y forcejeaba con ella para detenerla.

Lila acezaba. Sus chillidos se confundían con sus palabras mientras se debatía con Diego.

—¡Todo estaba perfecto! ¡Como antes, todo había resultado perfecto! ¡Pero tuviste que llegar tú, chiquilla del demonio, a meter tus narices donde no te importa!

A un gesto de Santelices, el ayudante que había permanecido como una estatua, de pie en el rincón, avanzó hacia Lila y sacó un par de esposas de su bolsillo. Tuvieron que intervenir don Hernán y Humberto para dejar quieta a la mujer que los rechazaba con una fuerza descomunal.

—Señora, todo lo que diga de ahora en adelante puede ser usado en su contra. Le conviene llamar a un abogado. Por ahora, usted queda detenida bajo sospecha de doble asesinato —fueron las palabras de Santelices.

El tío Hernán y doña Pepa miraban a Emilia con la boca abierta. Diego, a su lado, la contemplaba orgulloso. La muchacha apretó la mano de su amigo.

EPILOGO



Las maletas de los huéspedes estaban alineadas en la recepción de la hostería. Los pasajeros se despedían en el bar, cada uno con una expresión distinta. Sara, con un orgullo que le costaba disimular, presentaba a su hijo, un hombre joven, de cabellos rizados y oscuros, que le daban apariencia de gitano. Después de la dura experiencia que le había tocado vivir, a nadie se le habría ocurrido delatar a la cleptómana, suponiendo que Sara se curaría por sí misma o buscaría ayuda de un especialista.

Joaquín y Betty se despedían de los demás con sonrisas forzadas. Emilia pensó que esa pareja tendría mucho que conversar antes de seguir con su compromiso y con *Horror Verde*. Betty, desprovista de su usual capa de maquillaje que la hacía aparecer como una muñeca vieja, se veía como una simple mujer que sufre y que no le interesa ocultarlo. En cuanto a Joaquín, había abandonado ese aire mundano y dicharachero, y sus ojos reflejaban un espíritu que no lograba aún encontrar la paz.

Adelina y Humberto, como escuchando mudas órdenes de su patrona, se esmeraban en atender a los huéspedes hasta el último momento. La muchacha, cada cierto tiempo se acercaba a Humberto y le hablaba por lo bajo,

como pidiendo instrucciones. El mayordomo respondía con seguridad y ella obedecía. Así, todos fueron despedidos con la misma afabilidad con que fueron recibidos.

Rafael, sentado en su silla y alejado de todos, parecía sumido en profundas meditaciones. Emilia se acercó a él.

—Espero que nos volvamos a ver algún día.

—Yo espero que vuelvas a este lugar —respondió Rafael.

—¿Te quedarás aquí? —quiso saber Diego, acercándose a ellos.

—Mi operación será dentro de poco. Me iré a casa de mi tío León y si quedo bien, seguiré estudiando.

—¿Y qué pasará con la hostería?

—Le he pedido a Humberto que se haga cargo de la administración. Ahora podrá casarse —y el muchacho sonrió tristemente— y vivir aquí con su mujer. Y si Adelina supera sus temores por las almas errantes, también tiene su trabajo asegurado.

—Entonces, ¿nos veremos en Santiago! —concluyó Emilia estampando un sonoro beso en la mejilla de su nuevo amigo.

Diego y Rafael se dieron un buen apretón de manos.

De improviso se oyó el chirriar de neumáticos de un auto que estacionaba frente a la hostería. Minutos más tarde el inspector Santelices ingresaba al lugar. De los huéspedes sólo quedaban los Martínez, su sobrina y Diego.

—Tenía que despedirme de ustedes —saludó Santelices—, sobre todo de esta muchachita que tanto nos ayudó.

—Gracias —dijo Emilia, que aún no podía creer que había resuelto un caso con dos asesinatos—. Pero debo confesar que sin sus interrogatorios, inspector, y sin la ayuda de Diego y su mente analítica, yo no habría podido llegar a una conclusión correcta.



—Esta niñita, desde que tuvo uso de razón se metió en camisas de once varas —intervino doña Pepa—. ¿Te acuerdas, viejo, cuando amaneció muerto el perro de la vecina y Emilia descubrió que el caballero del frente lo había envenenado? ¿Y te acuerdas del escándalo que se armó en el barrio cuando ella, con una seguridad pasmosa para sus nueve años, aseguró que ese vecino envenenaba gatos y perros y lo obligó a confesar?

—Bueno... y acuérdate del año pasado en la playa de Quintay, cuando ella y Diego desenmascararon a una banda de traficantes —siguió el tío, orgulloso a más no poder—. No lo va a creer, inspector, pero este parcito...

Emilia lo interrumpió:

—Ya tío, no siga, tenemos que irnos. A menos que, como despedida, juguemos... ¡a la Dama Negra!

—¡Qué chiste tan fúnebre, Emilia! —la reconvino su tía.

—De ahora en adelante sólo voy a jugar solitarios —dijo Rafael, sonriendo.

Humberto viendo que la conversación se prolongaba, ofreció las últimas tazas de café.

Minutos después el auto de los Martínez bajaba por el camino que orillaba el acantilado y atravesaba el puente que cruzaba el río. Atrás quedaban el bosque de eucaliptos, las copas amarillas de los aromos, las mermeladas caseras, los baños termales y los leones con sus fauces abiertas.

Emilia y Diego sentados en el asiento trasero miraron hacia atrás. La hostería de Colinahuel, que desaparecía lentamente de sus vistas, se fijaría por mucho tiempo en sus memorias.

GUÍA DE TRABAJO

I. COMPRENSIÓN DE LECTURA

A. Responde las siguientes preguntas:

1. Mientras don Hernán examinaba a la dueña de la hostería que no podía despertar, Emilia contempló la fotografía de una pareja. ¿Por qué dedujo ella que eran los padres de Hortensia? ¿Qué pensó al ver los ojos del padre, tan juntos y con mirada de aguilucho?
2. Cuando Rafael se entrevistó con Emilia junto a la pileta de los leones, le dijo dos cosas importantes, ¿las recuerdas?
3. ¿Qué había visto Rafael que le hacía pensar que Sara había robado la lapicera de don Hernán?
4. ¿Dónde encontró Emilia una bolsa que contenía diversos objetos robados?
5. Al comienzo de esta historia, Lila y Sara compartían dormitorio. ¿Recuerdas por qué Sara se cambió a otra habitación?
6. ¿Qué era *Horror Verde*?
7. ¿Por qué Humberto se quería ir de la hostería?

8. ¿Qué descubrió Emilia debajo de un arrayán?

9. La noche en que la mataron, Teresa visitó a Lila en su dormitorio. Emilia y Diego escucharon algo que dijo Lila y a ambos les extrañó mucho. ¿Recuerdas qué fue lo que dijo Lila?

10. ¿Cuál fue el detalle que llevó a Emilia a descubrir la verdad?

11. Cuando se descubrió al asesino, ¿habías adivinado ya? ¿Quién pensabas que era? ¿Por qué?

12. ¿Puedes resumir esta historia y contarla a tus compañeros o a los miembros de tu familia?

B. En la columna de la izquierda aparece una lista de personajes que figuran en la obra, junto a Emilia y a Diego. En la de la derecha, se los describe brevemente. ¿Puedes identificarlos a todos? Coloca al lado del número, la descripción correspondiente:

- | | |
|----------------------------|-------------------------|
| 1. ___ Margarita Rodríguez | a) camarera del hotel |
| 2. ___ Pepa | b) actriz |
| 3. ___ Hernán Martínez | c) mayordomo |
| 4. ___ Adelina | d) huésped del hotel |
| 5. ___ Hortensia | e) cleptómana |
| 6. ___ Eugenio Santelices | f) tío de Emilia |
| 7. ___ Teresa | g) hermana de Hortensia |
| 8. ___ Lila Gacitúa | h) enfermera |
| 9. ___ Sara | i) dueña del hotel |
| 10. ___ Rafael | j) sobrino de Hortensia |
| 11. ___ Betty | k) tía de Emilia |
| 12. ___ Humberto | l) inspector de policía |
| 13. ___ Joaquín Benetti | m) cineasta |

C. Organicen un foro y de acuerdo con los interrogatorios del inspector, analicen las razones que cada uno pudo haber tenido para asesinar a Hortensia.

D. Si tuvieras que ser el abogado defensor de la persona que mató a Hortensia, ¿en qué argumentos podría basarse la defensa para impedir la condena?

II. ACTIVIDADES

1. Vocabulario

A. En las oraciones que aparecen a continuación, reemplaza la palabra en negrita por otra, pero sin cambiar el sentido. Si es necesario, ayúdate con el diccionario.

- Mi tía es muy **figona**; lo que no ve, lo escucha.
- Aparentemente no existía ninguna **intimidación** entre Sara y Hortensia.
- El rostro de la mujer tenía un **rictus** severo.
- La voz **airada** de Hortensia llegó hasta ella.
- Emilia corrió al dormitorio de sus tíos para **ponerlos al tanto** de lo que había sucedido.
- Las conversaciones **fluían** alegremente.

B. Con la ayuda del diccionario, define cada una de las palabras que aparecen a continuación y escribe una oración con cada una de ellas:

colesterol	cleptómana	caprichosos	rencor	desbocadas
termas	malcriado	rugientes	acantilado	descomunal
fauces	rasgos	incursión	súbito	dopar
intromisión	coartada	concordar	extorsionar	conciliar

C. ¿De qué otra manera puedes expresar lo que se dice a continuación?

1. Dormí una siesta **de padre y señor mío**.
2. Me ayudó **a atar cabos**.
3. Se encontró **a boca de jarro**.
4. Dormíamos **como lirones**.
5. **Me mando a cambiar** de aquí.
6. Desde que tuvo uso de razón **se metió en camisas de once varas**.

2. Ortografía

A. Acentúa gráficamente, si corresponde, las siguientes palabras:

oir	teoría	incredulo	expectante	crimen	examen
panico	frasco	actriz	cineasta	rapido	inspector
dío	umbral	algodon	botiquin	margen	cosmeticos

3. Gramática

A. Identifica el sujeto y el predicado de las oraciones que siguen:

- Diego recorrió la cortina del baño.
- Lila dormía con una respiración ruidosa.
- Todos tuvieron oportunidad de matar a Hortensia.
- Las ventanas de la casa que daban al jardín permanecían abiertas.

4. Verdadero o falso

Señala con una V la afirmación que consideres verdadera y con una F, la que te parezca falsa.

- a) ___ Teresa había sido acusada de negligencia en su profesión.
- b) ___ Emilia estaba encantada de visitar las termas con sus tíos.
- c) ___ En el bolso de Sara se encontró el portarretratos que ella le había robado a Hortensia.
- d) ___ Don Hernán dormía siesta cuando Hortensia fue asesinada.
- e) ___ Betty permaneció en su habitación la noche en que Teresa fue asesinada.
- f) ___ Sara tomaba valeriana para dormir.
- g) ___ Adelina encontró a Teresa muerta en su cama, con un cuchillo enterrado.
- h) ___ Teresa había ido a la habitación de Lila a pedirle un libro para leer, porque estaba con insomnio.

RESPUESTAS

Verdadero o falso:

- | | |
|------|------|
| a) V | e) F |
| b) F | f) V |
| c) F | g) V |
| d) V | h) F |

ÍNDICE

<i>Capítulo Uno</i>	
Camino a las termas	7
<i>Capítulo Dos</i>	
Los huéspedes de Colinahuel	13
<i>Capítulo Tres</i>	
La Dama Negra	19
<i>Capítulo Cuatro</i>	
¡Doña Hortensia no despierta!	27
<i>Capítulo Cinco</i>	
Una insólita revelación	33
<i>Capítulo Seis</i>	
Robo en la hostería	41
<i>Capítulo Siete</i>	
Oídos bajo el rosal	47
<i>Capítulo Ocho</i>	
¿Dónde está Hortensia?	55
<i>Capítulo Nueve</i>	
Un cadáver en el acantilado	61

<i>Capítulo Diez</i>	
Es un asesinato, señores	67
<i>Capítulo Once</i>	
Sigue el interrogatorio	73
<i>Capítulo Doce</i>	
El enigma no se aclara	81
<i>Capítulo Trece</i>	
Incursiones nocturnas	89
<i>Capítulo Catorce</i>	
Un nuevo crimen	95
<i>Capítulo Quince</i>	
El robo de las joyas	103
<i>Capítulo Dieciséis</i>	
Emilia descubre algo	109
<i>Capítulo Diecisiete</i>	
El recuento de Santelices	115
<i>Capítulo Dieciocho</i>	
La tercera hermana	121
Epílogo	129
<i>Guía de trabajo</i>	133

Editorial Andrés Bello



Emilia pasa sus vacaciones en las Termas de Colinahuel. Allí, los huéspedes de la hostería se entretienen por las noches jugando a la Dama Negra, un juego de naipes que produce tensión y nerviosismo. Mas, lo que nunca imaginaron los jugadores fue que esa carta negra presagiaba muerte: dos asesinatos, con el común denominador de una reina de pic junto al cuerpo de las víctimas, se suceden en la hostería.

Emilia y Diego son más sagaces que el inspector encargado de la investigación, y luego de muchas averiguaciones, sobresaltos y peligros, descubren al asesino.

Otra aventura de Emilia, de género policial, que mantendrá al lector en suspenso hasta la última página.

A PARTIR DE 13 AÑOS

NIVEL 4



9 789613 133169